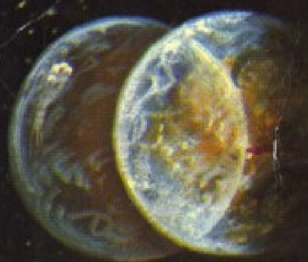
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

EXTRANJEROS EN LA TIERRA

ERIC SORENSSEN





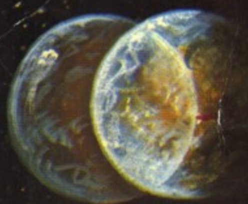
SOLO PARA ADULTOS

héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

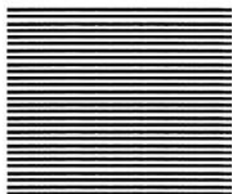
EXTRANJEROS EN LA TIERRA

ERIC SORENSSEN





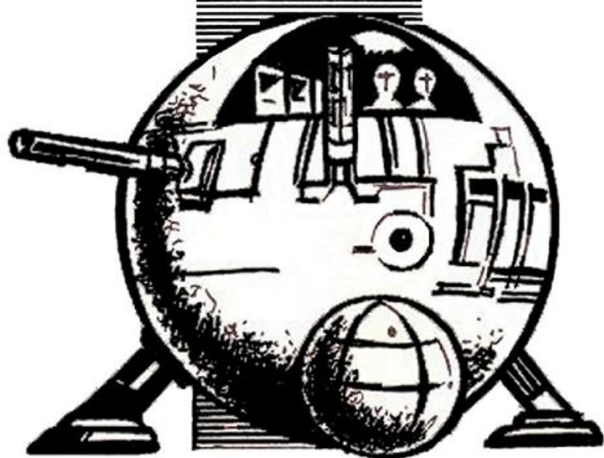
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO





ECSA

ERIC SORENSSEN

EXTRANJEROS EN LA TIERRA

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 39
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 35.95 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: enero 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

34— Prisión espacial. — *Joseph Berna,*

35— Orbita mortal. — *Law Space.*

36— La nave del espacio.— *Curtís Garland,*

37— El coleccionista de seres. — *Joseph Berna.*

38— La transmutación del traidor. — *Ralph Barby*.

CAPITULO PRIMERO

En la noche del 14 de noviembre, la vaca de Lothar parió un ternero muerto y ese fue el primer signo de que malos tiempos se avecinaban para Kalesburg.

Tres noches después, un búho se posó en la ventana de Worms, el alquimista, y graznó por tres veces. La humeante mezcla que bullía en el caldero se separó en sus componentes iniciales y entre el humo —según aseguró el científico— un diminuto demonio se burló de él por tres veces.

Todo esto era más que suficiente para reunir el Consejo y así lo hizo Roclius Tubinga, el Burgomaestre.

—Dios nos castiga por nuestros reiterados pecados —inició Lantecor, el cura.

Pero fue inmediatamente rebatido por Mauritius, el sabio dominico.

—No te apresures a lapidar pecadores, hermano —sonrió—. Todo lo ocurrido puede obedecer a causas naturales...

Pero, como solía ocurrir, la opinión mayoritaria de la asamblea estaba en contra suya.

—¡No es sólo mi ternero muerto! —bramó Lothar—. ¿Qué dices, Mauritius, del demonio que se burló de

Worms?

—¿*Realmente* viste un demonio? —preguntó suavemente el dominico.

Worms movió todo su enorme corpachón sobre el banco de madera.

—¿Es que duda de mi palabra? —se indignó.

—¡Nada más lejos de mi ánimo! Sólo que un demonio emergiendo de un caldero no es cosa que se vea todos los días...

—¡Tampoco que un búho grazne por tres veces, tres noches después de haber parido a un ternero muerto!

Los argumentos eran de mucho peso, Mauritius aún dudaba, pero juzgó conveniente callar.

La visible retirada del monje animó a los otros.

—Bien —urgió Lantecor—. No perdamos más tiempo en discusiones, ¿qué podemos hacer para conjurar el mal que se avecina?

—Tú, sacerdote, eres quien debe decírnoslo —se burló Worms que, como alquimista, se ufanaba de poner en entredicho muchas de las enseñanzas de la Iglesia.

—Haremos una procesión con la imagen de San Golam, hasta la Fuente de las Animas —propuso el aludido.

—¡No es suficiente! —volvió a rugir el impaciente e indignado Lothar—. Recuerda lo que ocurrió en Grünewald…

No necesitó decir más. Un estremecimiento de terror recorrió a los asistentes.

Dos años antes, en la vecina localidad de Grünewald, un ternero nació muerto y un búho grazno por tres veces en la ventana de Rother, el alquimista.

Pero ningún demonio se dejó ver…

El clero local organizó una gran procesión, encabezada por la imagen de Santa Gumilda, y de la que participó toda la población.

Marcharon hacia la Fuente de los Milagros y todos, hombres, mujeres y animales, bebieron de sus aguas, para purificar sus espíritus.

Sin embargo, al día siguiente, todos los que habían participado de la procesión y bebido las milagrosas aguas, comenzaron a expeler negras y hediondas heces, acompañadas de vómitos también negros.

Muchos, especialmente niños y viejos, murieron en los siguientes días. Los sobrevivientes hicieron lo único que podían hacer: quemaron en la hoguera expiatoria al sacerdote, indudablemente poseído por el demonio.

Pero eso no devolvió la vida a los muertos, ni las fuerzas a los decrépitos sobrevivientes.

Y la historia de los horribles sucesos de Grünewald circuló por toda la región con la velocidad del rayo, que mata o del trueno que aterra.

Si tales males habían acaecido *sin que apareciera ningún demonio,* ¿cómo no iban a estar aterrados los habitantes de Kalesburg?

¿Y cómo no iban a temer que una simple procesión fuera insuficientemente para conjurar tamaños peligros?

—Se necesita más, mucho más —insistió Lothar y hubo un murmullo general de asentimiento.

Mauritius comenzó a inquietarse. Sabía lo que la asamblea iba a exigir.

Fue Hans, el hijo de Worms, quien lo dijo.

—Todos sabemos quién atrae el mal hacia nosotros —comenzó, con su voz suave y persuasiva.

No sólo era el hijo de Worms, el alquimista, sino que él también lo era. Y nigromante, según las habladurías.

Con su voz de múltiples tonalidades seducía a las mozas, aunque la bella Brigit, la hija del Burgomaestre, resistiera aún sus apasionadas requisitorias.

Pero todos sabían —aunque nadie lo confesase públicamente—, que Hans *tenía poderes.* Cuando el demonio apareció en el caldero de Worms más de uno se preguntó si no habría ido a visitar al hijo, en lugar de al padre.

Si Hans se lo proponía —y todos estaban convencidos de que, más pronto o más tarde, se lo propondría—, Brigit acabaría por brindarle su virginal y rubio sexo, por más oraciones y conjuros que le opusiera.

Hans seguía hablando.

—...si hay una bruja entre nosotros —estaba diciendo—, no es de extrañar que el mal nos ronde. Todos sabemos quién adora al demonio en Kalesburg —continuó, alzando la voz—, ¿hasta cuándo toleraremos que nuestros temeros nazcan muertos y nuestras vidas corran peligro? —concluyó.

El murmullo de temeroso asentimiento se hizo más audible. Y un grito de terror galvanizó a los concurrentes.

Elber estaba de pie y señalaba horrorizado las altas llamas que bailoteaban en la inmensa chimenea.

—¡Allí... allí...! ¡Lo he visto! —gemía, con su voz gangosa.

—¿Qué has visto? —le preguntó Mauritius, siempre paciente.

—¡Un demonio! Un demonio rojo y con largos cuernos... que me sacó la lengua...

—Siéntate, Elber, y tranquilízate. Ningún demonio puede hacerte daño estando Lencor y yo presentes..

Pero esto no era suficiente para calmar al muchacho.

—¡Exorcice las llamas! —rogó, casi llorando.

Con un gesto de resignación, Mauritius hizo, con su mano derecha, la señal de la cruz, en dirección al fuego.

El incidente no alteró a la asamblea. Elber era el tonto del pueblo y se impresionaba fácilmente.

Hans retomó la palabra.

—Recordad que también en Tiersten el demonio se hizo presente... La vieja liona parió un hijo negro y con un solo ojo... Y la cruz de la ermita de Santa Águeda fue destruida por un rayo...

Elber comenzó a temblar como un azogado. Mauritius, sentado a su lado, le pasó un brazo por el hombro, para tranquilizarle.

—¿Y cómo alejaron el mal los de Tiersten? —preguntaba retóricamente Hans, ya que todos sabían la respuesta—. ¡Pues llevando a la pira a Varta, la hechicera! ¿Y nosotros...? ¿Es que tenemos que esperar que muera nuestro ganado, que nuestras esposas den a luz monstruos o que todos muramos entre vómitos negros?

Elber lanzó un chillido y se desmayó.

—¡Saquen de aquí a ese imbécil! —rugió Tubinga, y dos aldeanos se apresuraron a cumplir la orden.

Furioso por las constantes interrupciones, Hans se decidió a acabar de una vez.

—¡Todos sabemos lo que hay que hacer! —rugió—. ¡Quememos hoy mismo a Gretchen, la bruja!

Hubo estremecimientos, hubo expresiones dubitativas, pero los «¡Sí, quemémosla hoy mismo!», se impusieron ampliamente.

Varios se levantaron de sus bancos, dispuestos a consumar el sacrificio.

Visiblemente alterado, Mauritius también se incorporó, intentando calmar a los otros con sus dos brazos en alto.

—¡Calmaos, escuchadme!

—Los que estaban de pie no volvieron a sentarse, pero se detuvieron.

—No tenemos pruebas suficientes de que Gretchen sea una bruja... —comenzó el monje, pero fue violentamente interrumpido por Hans.

—¡Sí que las tenemos! —rugió—. ¡Lothar mismo nos lo dirá!

—Yo vi a Gretchen diciendo extrañas palabras a mi vaca el día antes del parto... —gruñó el aludido.

—Padre —invitó Hans—, tú también puedes decir algo...

A Mauritius no le pasó inadvertida la mirada que el hijo lanzó al padre, pero nada dijo.

Worms parecía hablar con cierta reticencia, pero sus palabras no

por ello dejaban de ser decisivas para el ánimo de la mayoría de los presentes.

—He visto a Gretchen en... en varias oportunidades... escupir a la cruz de los caminantes...

—Puede que sintiera la necesidad de escupir y no reparara en el lugar sagrado... —interpuso Mauritius.

Hans le miró con odio.

—Hay más —dijo—. Sigue, padre.

Worms le miró, ahora visiblemente indeciso.

—Cuando fue a verte —le instó su hijo—. Cuéntanos lo que te dijo cuando fue a verte...

—Vino a verme hace algo más de siete días —comenzó Worms—. Me anunció que grandes males se cernían sobre el pueblo ...

Asombradas caras se alzaron hacia el orador.

—¿Cómo podía saberlo? —preguntó Ascanius, el médico.

La mirada de Mauritius iba de Hans a Worms. Creyó advertir un brillo de triunfo en los ojos del hijo.

—Porque iba a ser ella misma quien los provocara —respondió Worms.

Ahora un verdadero clamor de odio y deseos de castigo se levantó de la asamblea.

—¿Tanto poder tiene Gretchen? —insistió Ascanius, que parecía dudar.

El médico odiaba a las brujas, nigromantes y hasta alquimistas, ya que le quitaban clientela y prestigio, pero intentaba aparentar una ecuanimidad que estaba lejos de sentir.

—¡Tiene tanto poder porque ha vendido su alma al diablo —dijo Worms, pronunciando con lentitud y claridad las palabras.

El clamor se convirtió en asombrado silencio.

—Acabas de hacer una denuncia muy grave —intervino Mauritius—. ¿Puedes probarla?

—Ella misma me lo dijo... Cuando vino a verme. Me exigió la entrega de veinte monedas de oro para salvar al pueblo...

—¿Por qué te las pidió a ti?

—Sabía que yo... que mis experimentos...

—¿Es que acaso has logrado trasmutar el plomo en oro? —interrumpió, con voz enronquecida por la codicia, el Burgomaestre.

Worms se inquietó grandemente y lanzó una mirada a su hijo,

como pidiéndole ayuda.

—Lamentablemente, querido Rodius —dijo con sonriente voz Hans—, ni mi padre ni yo hemos logrado tal prodigio...

—Me pidió el oro a mí —farfulló Worms— porque sabía que acababa de cobrar las rentas del Margrave...

—¿Y tú qué le respondiste? —urgió Tubinga.

—Entonces no le creí y hasta me burlé de ella... Por eso no denuncié el hecho al Consistorio —agregó, púdicamente—Pero luego ocurrió lo del búho y el demonio en mi propia casa... lo del ternero de Lothar... ¡Y ahora sí que le creo!

La mayoría se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. «¡No es necesario oír más! —decían todos—. ¡Acabemos con ella ya mismo, antes que ella acabe con nosotros!»

Cuando Mauritius vio que el mismo Burgomaestre se unía a la partida, supo que nada podría él hacer.

Por otra parte, Lantecor encabezaba la marcha, hablando muy animadamente con Hans.

Mauritius no pertenecía a Kalesburg. Sólo se encontraba de paso, predicando y reuniendo limosnas para la construcción de un nuevo monasterio en las proximidades de la capital.

Por eso no podía saber con certeza si la tal Gretchen —a la que no conocía— era o no una bruja.

Sólo que su instinto y algunas habladurías que le habían llegado...

Gretchen vivía apartada de la población, porque era una hija de nadie. No se conocía a sus padres, ni tan siquiera se sabía de dónde había venido la chica, que apareciera pidiendo comida en Kalesburg poco después de la muerte negra en Grünewald.

Como las normas de la hospitalidad exigían, el Consistorio le había dado pan y techo, instalándola en una abandonada y semiderruida cabaña, que en tiempos perteneciera a Kaller y a su mujer, ambos ya muertos.

Mauritius no la había visto nunca, en el mes escaso que llevaba en la población, pero había oído hablar mucho de ella.

Le decían que era muy bella y que tendría unos veinte años. Aunque hablaba la lengua de la región, también se expresaba en otra, extraña y llena dé consonantes y de musicales resonancias.

También le habían dicho que Hans intentó muchas veces

poseerla, llegando hasta intentar forzarla en el bosque.

Pero Gretchen no había llegado sola a Kalesburg. La acompañaba un gran perro negro que ladraba amenazador a quien se acercaba en exceso a su dueña.

El perro salvó la honra de la muchacha —si es que ya no la había perdido, cosa que el monje no podía saber— y, según las habladurías, dejó la marca de sus colmillos en los muslos, entonces desnudos, del alquimista.

Esta historia, que Mauritius se inclinaba a creer, era lo que le hacía poner en duda la culpabilidad de la muchacha.

Decidió intervenir hasta el máximo de sus posibilidades para lograr que se hiciera justicia, por lo que se incorporó a los furiosos pobladores, que se encaminaban velozmente hacia el objeto de sus odios y sus temores.

Realmente, decidió, el dominico, la muchacha era muy bella. Rubia, peinaba sus cabellos con trenzas que colgaban a su espalda. Su cutis aceitunado le hizo pensar en las tierras bañadas por el Danubio. Y su cuerpo, reflexionó, era una visible incitación al pecado, del que sólo los muy fuertes podrían librarse.

El perro ladró, amenazador, pero ella le calmó, acariciándole.

Como debía ser, Rodius Tubinga, el Burgomaestre, tomó la palabra.

—Gretchen —comenzó—, venimos a juzgarte.

Aún a la media luz del atardecer, fue de todos visible la palidez que cubrió el rostro de la muchacha.

—¿A juzgarme? —dijo—. ¿De qué se me acusa?

—Habla tú, Worms —dispuso Tubinga.

El aludido, indeciso, miró a su hijo. Y éste tomó la palabra.

—Mi padre está ya viejo y es demasiado bondadoso como para pronunciar las terribles palabras que aquí deben decirse —comenzó—. Por ello te pido, Burgomaestre, que me permitas ser yo quien las diga.

Tubinga dudó. No era ése el procedimiento habitual. Decidió compartir la responsabilidad.

—Ascanius, ¿estás tú de acuerdo en que sea Hans, en nombre de su padre, quien pronuncie la acusación? —preguntó.

El aludido se encogió de hombros. No tenía nada personal contra Gretchen, pero siempre estaría dispuesto a eliminar un posible

competidor.

—¿Y tú, Lantecor?

El cura se agitó, inquieto. Era consciente de que los ojos de Mauritius estaban clavados en él. Y sabía perfectamente que su obligación era negarse.

—Creo que debiera ser Worms —comenzó, vacilante, pero fue bruscamente interrumpido por Hans.

—¡Te equivocas, Lantecor! —rugió, agregando con tono más bajo y persuasivo, mirando fijamente el clérigo—: Seguramente no has querido decir lo que dijiste...

—Tal vez..., es decir..., puede ser Hans... —murmuró Lantecor, muy confuso y sin mirar a nadie.

Mientras Hans pronunciaba con voz vibrante las terribles palabras acusatorias, Mauritius miraba a Lantecor, que rehuía el contacto.

A la memoria del dominico volvieron frases oídas en el confesonario a feligreses que hablaban con temor, pero que hablaban.

Se decía que Lantecor era concupiscente y que más de una viuda había calentado su lecho en las largas noches de invierno. También se hablaba de su terrible codicia y de algunos «servicios» prestados al Margrave.

«De lo que no cabe duda —concluyó el monje para sí mismo— es de que Hans le tiene en sus manos.»

—...por lo que exijo al Burgomaestre que pronuncie la sentencia condenatoria —estaba terminando éste su alegato.

Se hacía la noche. Aparecieron antorchas encendidas en las manos de algunos hombres, otros traían troncos y ramas del bosque cercano y los apilaban en el descampado, frente a la cabaña.

De improviso, cuando Mauritius se disponía a hablar, antes de que lo hiciera Tubinga, el perro lanzó un furioso ladrido y, sin dar tiempo a su dueña a calmarle, se lanzó sobre Hans.

El alquimista, aterrado, gritó en demanda de auxilio, pero sin poder evitar ser derribado por el animal.

Pero entonces Keller, el leñador, entró en escena.

De un solo y feroz hachazo, seccionó totalmente la cabeza del perro, cuya sangre tiñó de rojo las ropas de Hans, quien se apresuró a incorporarse.

Gretchen, que hasta ese instante había permanecido en silencio y como ajena a todo lo que estaba ocurriendo, profirió un grito de dolor y de miedo y se abalanzó sobre los restos todavía palpitantes de su único amigo.

Mauritius se revolvía indignado ante tanta brutalidad innecesaria, y pudo ver que algunos hombres hacían comentarios adversos a la actuación de Keller. Pero Hans también observó las reacciones y decidió no perder más tiempo.

—Bien, Burgomaestre —casi gritó—, darás tú la orden de muerte o quemaremos a la bruja sin ella?

—Yo… creo que… —se atragantó Tubinga, pero el dominico no esperó más.

—¡No permitiré que se condene a esta mujer sin darle la oportunidad de defenderse! —bramó.

Hans hizo ademán de adelantarse hacia el monje, pero varios le detuvieron.

Mauritius se acercó a la muchacha, que seguía abrazada al cuerpo decapitado de su perro y la separó de él con suavidad.

—Muchacha —le dijo—, se te acusa de actos muy graves. ¿Es que no quieres defenderte?

Ella no opuso resistencia y se dejó incorporar. Pero, cuando ya estuvo totalmente de pie, se quedó mirando al monje con expresión totalmente vacía.

Inquieto, Mauritius volvió a la carga.

—Gretchen —casi susurró al oído de la chica—, quiero que tengas un juicio justo. Pero tienes que ayudarme… ¿Es cierto —siguió en voz alta— que has vendido tu alma al diablo?

Ella ahora le miró. Era una mirada profunda y cariñosa, pero era la mirada de una idiota.

Ahora realmente asustado, el monje insistió, sacudiéndola por un brazo.

—Gretchen —rogó—, debes hablar. Estos hombres están dispuestos a quemarte por bruja… ¡Debes defenderte!

La fuerza con que esta última frase fue pronunciada pareció despertar a la chica de su agradable ensueño.

Y comenzó a hablar.

Mejor dicho, comenzó a cantar. Era una melodía suave y muy dulce, que parecía hablar de una pareja de enamorados o, tal vez, de

una madre meciendo entre sus brazos a su hijo, junto al mar.

Podía ser esto o aquello. Para todos los que la escuchaban boquiabiertos podía ser cualquier cosa, porque Gretchen estaba hablando en una lengua desconocida por todos ellos.

Mauritius casi lloraba de impotencia. Sabía lo que iba a ocurrir de inmediato y también sabía que nada podía hacer por evitarlo.

—Dios ha dado su veredicto al confundir la lengua de la bruja —sentenció Hans y nadie se animó a contradecirle.

Sólo el monje se atrevió a hablar.

—¡Esta muchacha está terriblemente impresionada por la muerte de su perro! ¡Esperemos hasta mañana y podrá defenderse!

Pero era una causa perdida de antemano. El dominico tuvo que contentarse con absolverla de sus pecados.

Cuando su cuerpo comenzó a ser poseído por las voraces llamas, la dulce canción se transformó en terribles gritos y lo que parecían ser súplicas.

Aun para esos hombres acostumbrados a matar, para no ser muertos, el espectáculo era excesivo. Comenzaron a disgregarse, camino de sus casas y de sus mujeres.

También Hans se fue, con una malvada sonrisa crispando su bien formado rostro.

Mauritius quedó junto a la pira, de rodillas, rezando por el alma de Gretchen, lo único que no podría quemarse de ella.

CAPITULO II

Fobar volvió a mirar la lucecita roja que parpadeaba en el penal y sacudió varias veces su cabeza, con gesto de fastidio.

Por casualidad, Kalon pasaba por allí, camino de la sala de computadores, y advirtió el gesto.

—¿Pasa algo? —preguntó, con su voz despreocupada de siempre.

—No lo sé… —contestó el otro, corrigiéndose de inmediato—: Es decir, *no quiero* saberlo…

Ahora Kalon se detuvo, sorprendido, y se acercó al jefe.

—¿Algo grave? —su voz ya no era despreocupada.

—Si esa luz roja expresa lo que tendría que expresar, sí.

—¿Y qué es lo que tendría que expresar?

Fobar se volvió hacia su subordinado y se tomó una fracción de segundo, antes de informarle con voz neutra:

—Que nos estamos quedando sin energía.

El otro quedó literalmente atónito.

—¿Que nos estamos quedando…? —empezó, cuando pudo hablar —. ¡Pero si hemos recargado los reactores hace sólo seis meses, en Baru!

—Ya lo sé, ya lo sé —se impacientó Fobar—. Y tendríamos que tener energía suficiente para un año más… Pero puede haber habido una fuga.

—¿Alerto a los otros o controlo yo mismo los reactores? —preguntó Kalon.

—De momento, no digas nada. Controla el reactor nuclear, las cargas y todo lo demás. Al fin y al cabo, bien puede ser que la bombilla esté gastada…

Los dos sabían que eso era punto menos que imposible, pero los manuales de instrucción eran terminantes al respecto: «Ante situaciones de emergencia, no alarmarse, ni alarmar.»

Con todo el entusiasmo de sus veinticinco jóvenes años y de ser ésta su primera misión interplanetaria realmente importante, Kalon marchó a la sala de reactores.

Un año atrás había regresado de la Integridad Planetaria de Baru, con un título de Ingeniero Nuclear bajo el brazo. Esto significaba mucho, pero no lo suficiente para destacarse en un planeta tan evolucionado como el suyo.

Sólo sus excelentes calificaciones, su arrolladora simpatía personal y —todo hay que decirlo— el ser hijo de uno de los ingenieros jefes del Proyecto Interplanets, le había permitido tomar parte en esta fabulosa aventura del espacio, que consistía en realizar un relevamiento de toda la Vía Láctea.

Cuando estaba por entrar en la sala de reactores, oyó gritar a Turo, encargado de las comunicaciones, y corrió hacia él.

Desmelenado como nunca, Turo manipulaba furioso teclas y botones ante su pantalla de videorama.

—¡No funciona! ¡No funciona! —gritaba, sin haber advertido la llegada de Kalon.

—Tranquilízate —dijo éste, pero él mismo se estaba intranquilizando a pasos agigantados.

Turo se volvió al oírle y pareció, por alguna misteriosa razón, calmarse ante su presencia.

—Hombre, Kalon... ¡Este maldito chisme, que se le ha dado por no funcionar! —rezongó.

—¿Qué crees que le ocurre?

—No sé... Parece... pero eso es imposible, claro..» *como si no recibiera suficiente energía.*

Sin decir una palabra, Kalon corrió hacia la sala de reactores.

No tenía mucha experiencia todavía, pero lo que vio no requería de mucha experiencia para ser interpretado.

Los uraniómetros, sin excepción, teman sus agujas próximas al cero.

* * *

En la sala de mandos de la nave estaban reunidos los cinco tripulantes de ella.

Fobar, el jefe, permanecía tranquilo, aunque no podía ocultar su tensión, como tampoco podían ocultarla los otros cuatro.

—En resumen, jefe —quiso saber Alama, la joven médica de la expedición—, ¿qué porvenir nos espera?

El tono suavemente irónico quitaba hierro a sus palabras y a la misma situación en la que todos se encontraban.

Fobar sonrió.

—El porvenir será siempre grato para todos nosotros, mientras

estemos contigo —respondió. Y todos rieron.

—Pero mucho me temo —siguió, ahora con tono serio— que tendremos que descender en algún planeta,

—¿Descender…? —palideció Turo.

Descender, buscar —y *encontrar*— un planeta o satélite donde posarse significaba, o bien la muerte al intentarlo, o, en el mejor de los casos, la posibilidad de dar con uno de los millones y millones de lugares desérticos e inhabitables del cosmos, donde sólo podrían subsistir mientras quedaran alimentos y hasta oxigeno en la nave.

—No queda otra posibilidad —siguió impertérrito el jefe—. Increíblemente no hemos detectado una importante fuga de energía. Ahora estamos con la mínima imprescindible para conseguir posamos…

—¿Dónde? —preguntó con voz firme Vonik, el militar, que aún no había abierto la boca.

Fobar consultó el miniplanetario iluminado que tenía ante sus ojos. Hizo unas mediciones, pero sus oyentes tuvieron la impresión de que sabía muy bien dónde se encontraban y dónde tendrían que descender.

—Como sabéis —comenzó— estamos recorriendo el sistema del Astro Brillante. El lugar más próximo es… —volvió a mirar— uno de los planetas de ese sistema. El que llamamos Número Tres, por su posición con respecto al Astro central del sistema.

—¿Tenemos…? —Alama apenas se animaba a hacer la pregunta que estaba en boca de todos—. ¿Tenemos alguna base en el Número Tres?

La respuesta llegó inmediata y rotunda.

—No. No tenemos ninguna.

Esto significaba la muerte. Pero Kalon no se dio por vencido.

—¿Es absolutamente imposible comunicamos con Buru o, al menos, solicitar un auxilio planetario?

—No tenemos energía más que para descender. He prohibido todo consumo superfluo —contestó Fobar con voz dura, agregando —: Una vez posados, intentaremos comunicar.

—¿Y las posibilidades de reabastecernos de energía? —quiso saber Vonik.

—Ningún planeta del Sistema del Astro Brillante pertenece a la Internuclear —Fobar hizo una pausa y prosiguió—: Eso significa que

no conocen la energía atómica… ¡Si es que hay vida en ellos! —concluyó, con voz sorda.

CAPITULO III

La noche era oscura. El frío de diciembre y las nubes ocultando la luna y las estrellas.

Pero la noche era el mejor momento para trabajar. Todos los los alquimistas lo sabían. También Worms y Hans, ocupados con sus probetas y retortas.

El fuego ardía en la chimenea y el ambiente en el laboratorio era casi cálido gracias, también, al fogón donde se calentaba un gran caldero de cobre.

Ninguno de los dos esperaba conseguir oro esa noche, sólo estaban, cada uno por su lado, repitiendo pruebas que en el pasado no habían dado ningún resultado.

Mientras esperaba que su mezcla alcanzara el punto de ebullición, Hans se acercó a la estrecha y alta ventana, sin ánimo preconcebido alguno. Sin esperar ver nada en absoluto.

Pero vio.

Vio algo que le pareció una bola de fuego descendiendo hacia la Tierra. Temblando, con la casi certeza de ser víctima de alguna alucinación o encantamiento, llamó a su padre.

—No puedo ahora, hijo...

—Ven... ¡Ven, padre, mira esto!

El tono de aterrada urgencia decidió al viejo a abandonar su alambique y encaminarse lentamente hacia la ventana.

– ¡Por los Siete Nombres de Dios! —se asombró Worms—. ¡Es el Segundo Sol!

Todos los alquimistas habían leído sobre el Segundo Sol. Cuando él apareciera, la Tierra se destruiría y los muertos saldrían de sus tumbas para vengar agravios. Pero poco tiempo tendrían para nacerlo, ya que todos los humanos estaban condenados a morir.

Hans quedó literalmente paralizado de terror, con los ojos clavados en la bola de fuego que se acercaba más y más al suelo.

—Prepárate a morir —susurró el viejo, con voz que el terror alteraba.

Su hijo no respondió. Se había burlado de las leyes de la Iglesia, en la seguridad de estar por encima del común de los mortales, pero ahora tenía miedo. Tenía miedo a una segura eternidad en el infierno.

—«Cuando el Segundo Sol tome contacto con la Tierra todo arderá en una sola llama y un hongo de humo y muerte cubrirá el mundo» —recitaba Worms, pero su hijo no le oía porque estaba demasiado asustado, incluso para oír.

Sin embargo, la bola de fuego se posó sobre la Tierra —justamente en el descampado, frente a la cabaña que había sido de Gretchen— y ningún fuego, ninguna explosión, se ofreció a los ojos de los- alquimistas.

Sólo algo como gases coloreados de rojo escapaban de los costados de la bola, como fauces fatigadas de un animal de pesadilla.

El silencio reinó durante varios minutos en el laboratorio de los alquimistas. Por fin, Worms se decidió a hablar.

—No es el Segundo Sol —afirmó categóricamente.

—¿Qué es, entonces? —logró articular Hans.

El viejo miró con algo parecido al desprecio a su aterrado hijo y respondió:

—No lo sé. Y no creo que sea nada bueno para nosotros.

Al no haber fuego ni inminencia de Juicio Eterno, Hans sentía volver a él sus ínfulas momentáneamente perdidas.

—¿Por qué dices que «nada bueno para nosotros»?

Miró a su padre y vio que estaba temblando.

—Esa «cosa» viene del cielo —murmuró el viejo—. Nada que venga del cielo puede ser bueno para nosotros...

El miedo del padre se contagió al hijo.

—¿Tú crees que...?

—¿De dónde pueden venir, si no?

—¿Pero tú crees que a esa «cosa» la ha enviado Dios para castigamos?

Aunque apoyado contra el alféizar, Worms no podía dominar sus temblores.

—¿Y por qué no? —preguntó, a su vez—. ¿Acaso no me obligaste a mentir y mentiste tú mismo, para conseguir que quemaran a esa pobre desgraciada?

Hans palideció hasta que su cara pareció desdibujarse y fundirse en las sombras de más allá del edificio.

—¿Tú crees...? —volvió a preguntar, con voz entrecortada.

—¿No has visto dónde se ha posad ola «cosa»? —le desafió su

padre—. ¡Pues exactamente frente a la cabaña de Gretchen!

* * *

Turo seguía manipulando sus teclas y botones, pero la pantalla de videorama se obstinaba en permanecer oscura y silenciosa.

—Ya está bien, Turo —decidió Fobar y todos comprendieron que ya no había esperanzas de comunicar con nadie.

Alama se dirigió con lentos pasos hasta el borde de la sala. El especial material de las paredes de la nave permitía ver el exterior, sin que desde fuera pudieran verles a ellos.

—Al menos no hemos caído en un planeta desierto y sin vida —se consoló.

Los otros fueron reuniéndose con ella.

—No parece muy diferente de nuestra galaxia —comentó Vonik.

Junto con Fobar, era el que más había viajado por el espacio. Llevaba veintidós años, de sus cuarenta y cuatro de existencia, recorriendo las galaxias, como enviado del Alto Mando Interplanetario.

—Hay vida suficiente como para que podamos sobrevivir nosotros —reafirmó Fobar.

—Aunque todavía no hemos visto a seres vivos propiamente dichos —-acotó Kalon.

—¿Y todos esos árboles, no son «seres vivos»? —se burló Alama.

—Me refería a seres vivos «como nosotros» —aclaró el muchacho.

—No creo que en este planeta haya seres tan guapos como tú —siguió chanceándose la médica.

Y Kalon la miró con expresión entre divertida e interrogante.

Ya se había preguntado más de una vez si las bromas que a diario le dirigía la muchacha no significarían algo más que una demostración de su alegría de vivir.

«Me sobrará tiempo para descubrir la verdad», meditó. Y la idea no contribuyó a hacerle feliz.

—Es de noche en el planeta —informó innecesariamente Turo, ya que todos habían advertido la demasiado obvia circunstancia.

Alama, la más curiosa, por ser la única mujer, dejó a sus compañeros y dio la vuelta a la nave, para obtener un distinto

panorama.

Y de inmediato llamó a gritos a sus compañeros:

—¡Fobar! ¡Kalon! ¡Venid a ver esto!

«Esto» era, en primerísimo plano, la cabaña que había sido de Gretchen y, mucho más lejos pero bien visible contra la oscuridad de la noche, la población de Kalesbury.

—Hemos dado con una ciudad —se exaltó Turo.

—No llamaría «ciudad» a lo que estamos viendo —matizó Fobar —. Pero, de todos modos, no estaremos solos y eso es lo importante.

—¿No podrá esta gente ayudarnos...? —aventuró Alama.

Pero Fobar destruyó sus incipientes esperanzas, con solo señalar con su índice la cabaña junto a la cual estaban.

—Mira esa construcción, Alama —le dijo—. ¿Puedes creer que pueblos que construyen tan rudimentarias viviendas pueden disponer de energía atómica?

No, Alama no lo creía. Tampoco los demás.

—Pero, de todos modos —animó Kalon—, podríamos descender y tomar contacto con estos seres...

—Lo haremos —decidió Fobar—, pero mañana. A la luz del día. No quiero que se aterren ante nuestra presencia.

—¿Aterrarse ante nuestra presencia? —se asombró Kalon—. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Muchacho —terció Vonik—, éste es tu primer viaje. Para Fobar y para mí debe ser el centésimo...

No dijo más, pero fue suficiente para que se coloreara la cara del muchacho y para que se sintiera demasiado joven y demasiado inexperto.

* * *

—Ni ángeles ni demonios han salido de la «cosa» —se animó Hans.

—Pero ya saldrán... —respondió su padre, que miraba la nave con ojos desesperanzados. Para él la cuestión estaba clara: había, pecado demasiados pecados en su vida como para no merecer un ejemplar castigo. Y, por si sus culpas fueran pocas, estaban también las de su hijo...

Pasó una lenta e inacabable hora más. Padre e hijo continuaban,

como petrificados, en la misma posición que tenían cuando aterrizó la nave.

—Nadie saldrá de esa «cosa» —dijo, por fin, Hans.

Dando un respingo, el viejo le miró.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que nadie ha salido ni saldrá de esa «cosa» —repitió Hans, cada vez más envalentonado.

—¡No seas idiota! —se indignó su padre—. ¿Crees que «eso» ha venido solo del cielo?

—Puede ser una de esas piedras que caen...

—Esas piedras caen con violencia terrible. Hacen tremendos agujeros en la tierra. En cambio, «eso» se ha posado suavemente. Angeles o demonios, hay ocupantes en su interior y vienen por nosotros...

—Entonces tendremos que actuar.

La inesperada frase de Hans, dicha con frialdad y dureza, hizo volver violentamente hacia él a su padre, que había vuelto a mirar hacia la nave.

—¿Actuar...? No te entiendo.

—¿No acabas de decir que, ángeles o demonios, ahí dentro hay seres vivos que vienen por nosotros?

—Sí...

—¿Y vas a dejar que nos maten sin siquiera defendemos?

—Huir es imposible...

—No hablo de huir. Hablo de enfrentarme a ellos.

El viejo le miró, entre el asombro y el miedo.

—¿Enfrentarte al demonio o... a Dios?

Hens hizo una mueca cínica.

—¿Es que no lo hemos hecho antes? —preguntó.

—Sí... Es decir... No directamente...

—Pero nos enfrentamos a ellos todas las noches, cuando convocamos a Dios y al diablo, para que nos ayuden a conseguir el oro que queremos... Y si ellos son tan poderosos, si *realmente* lo saben todo... ¡También sabrán que lo único que nosotros queremos de ellos es engañarlos!

—¡No hables así! —le conminó Worms, aunque sabía que su hijo estaba diciendo la verdad.

Pero Hans no estaba para pérdidas de tiempo.

—Escucha, padre —prosiguió, ahora con su voz más seductora—, reuniré al Consistorio esta misma noche y les diré que en esa «cosa» han venido demonios conjurados por el alma de Gretchen que mora en los infiernos…

—El dominico, ese Mauritius, no te creerá.

—¡Pero me creerán los demás! —hizo una pausa—. Como me creyeron cuando lo de Gretchen… Les diré que son demonios y que hay que quemarlos antes de que abandonen su refugio…

Se alejó de la ventana y se apoderó de su capa, que colgaba de un clavo en la pared.

—Sí —dijo sonriendo siniestramente desde la puerta—, ángeles o demonios, arderán hasta que de ellos no quede ni el recuerdo…

CAPITULO IV

Los ocupantes de la nave no escucharon la campana de la iglesia tocando a rebato porque la aislación con el exterior era total. Tampoco la escuchó el monje Mauritius porque llevaba varios días predicando en los poblados de los alrededores.

Esta doble circunstancia favoreció decisivamente a Hans que, ya apelando al temor, ya a la velada amenaza, consiguió que un grupo de ocho o diez hombres, capitaneados por Lothar y Keller, le acompañaran en la empresa.

Claro que él no mencionó la posibilidad de que fueran enviados de Dios los que presumiblemente estarían en el interior de la «cosa», sino que dio por seguro que eran demonios que venían para vengar a su aliada, la bruja Gretchen.

Este fue el argumento que dio por tierra con los tímidos reparos que Lantecor intentó oponer a los planes de Hans.

Y éste se cuidó de distribuir generosas raciones de aguardiente entre sus seguidores para disipar sus previsibles temores.

De todos modos, les costó mucho acercarse a la nave. Sólo después que el joven alquimista, en un alarde de valor infrecuente en él, tocó con sus manos las metálicas paredes, aún calientes por la fricción del descenso, los otros se atrevieron a reunirse con él.

Traían muchos troncos gruesos y frágiles ramas, que fueron amontonando bajo el vientre de la nave, separado de la nieve que cubría el suelo por una especie de garras, firmemente asentadas en la tierra.

Fue el mismo Hans quien aplicó la antorcha encendida a la pira lista para recibirla. Y de inmediato las llamas iluminaron la nave dotándola de un resplandor rojizo en toda su circunferencia, que hizo pensar a todos en las profundidades del Averno.

El joven Khol se santiguó y, sin disculparse ni despedirse, huyó a la carrera, de vuelta a las tibias sábanas donde las cálidas piernas de Vilna, su recién desposada mujer, se entrelazarían con las suyas, devolviéndole el calor y la seguridad que ahora le faltaban.

—¡Maldito cobarde! —dijo Hans en voz baja, al verle correr como un gamo.

Pero no se preocupó ni poco ni mucho. La tarea ya estaba realizada.

Situados a prudente distancia, él y sus hombres contemplaban satisfechos las altas llamas que ya cubrían totalmente a la nave, ennegreciendo sus paredes y llenando la atmósfera de un olor acre y espeso.

—¡Esos demonios ya se estarán sintiendo a gusto en el infierno que les hemos preparado! —rió Lothar y todos los otros hicieron eco a su risa.

* * *

El primero en despertar fue Fobar, porque era el jefe y estaba más que acostumbrado a dormir velando.

Claro está que no fue el calor lo que le despertó, ya que la aislación total mantenía el interior de la nave a temperatura regulada… al menos mientras durara el poco de energía de que se estaban valiendo para mantener las funciones mínimas del aparato.

Con una sensación de inminente peligro abrió los ojos y se incorporó en el lecho. El dormitorio era la única estancia en la que las paredes eran verdaderamente paredes y no ventanas disimuladas. Se dirigió a la cabina de mandos.

Pero mucho antes de llegar a ella vio el resplandor rojo que rodeaba la nave y no demoró una fracción de segundo en comprender que estaban intentando quemarles en ella.

Lo que no logró, ni en una fracción de segundo ni en un par de minutos, fue el comprender la motivación que llevaban a esos seres de ahí afuera a querer matarles.

Por supuesto que ese fuego exterior no le preocupaba en absoluto. Mucho más calor habían soportado las paredes de la nave al entrar en contacto con la atmósfera terrestre…

Pero de todos modos, casi por rutina, se dirigió al panel de emergencia y oprimió los dos botones que ponían en funcionamiento los extintores exteriores.

De inmediato una nube blancuzca envolvió la nave y el fuego desapareció como por encanto.

* * *

—¡Azufre! ¡Están apagando el fuego con azufre! —casi gimió

Keller, mientras iniciaba una huida mucho más apresurada que la de Khol.

—¡Idiota! —se enfureció Hans—. ¡Eso no es azufre! El azufre tiene otro color…

Pero nada podía impedir ya la dispersión total e inmediata de sus huestes.

De todos modos, Lothar tuvo arrestos suficientes como para formar una cruz, cruzando dos maderos, y oponerla a los demonios de la «cosa», pero el conjuro se reveló ineficaz, porque la nube infernal siguió saliendo y el fuego pronto estuvo completamente apagado.

Furioso, pero también asustado, Hans no tuvo más remedio que seguir a sus hombres, aunque absteniéndose de correr.

Por tácito acuerdo, se reunieron en la iglesia. Lantecor, verdaderamente aterrado, porque una cosa era hablar de demonios, y hasta exorcizar de vez en cuando a algún poseído, y otra muy distinta *tener* demonios al alcance de la mano, como quien dice, no se había vuelto a acostar y permanecía atento, a la puerta de la iglesia.

Cuando vio a los integrantes de la partida regresar en desalada carrera, imaginó lo peor.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —tartamudeó.

—Los demonios echaron azufre y con él apagaron nuestro fuego… —jadeó Keller, a quien no habían convencido los gritos de Hans.

Lantecor tuvo que hacer un esfuerzo demasiado visible para ocultar el temblor que comenzaba a apoderarse de su cuerpo.

—¿Habéis visto…? Quiero decir… —comenzó.

Galgor, uno de los del grupo, con su cara toda picada de viruelas y su boca casi sin dientes, se apresuró a responder, antes de que el cura completara la pregunta.

—¡Yo vi a uno de los demonios! —proclamó—. Era rojo y estaba completamente desnudo…

Sus ex compañeros le miraron, con algo más que duda en sus ojos. Pero Galgor se indignó.

—¿Es que vosotros no les visteis? Claro, os enceguecía el miedo… ¡Pues yo sí que vi uno y puede que hasta dos demonios!

Cuando llegó Hans, Galgor todavía seguía detallando a «sus»

demonios y Lantecor temblaba como un azogado, lo que no pasó inadvertido al recién llegado.

—¡Hans! —gimió el cura—. ¡Por tu culpa seremos todos malditos! ¡Pagaremos justos por pecadores! El fuego eterno nos...

El joven alquimista sacudió sin compasión al maduro clérigo, hasta que éste se calmó, al menos lo suficiente como para callar y acabar con los temblores.

—Vamos a tu habitación —le ordenó Hans, empujándole hacia el interior del templo—, allí podremos hablar tranquilos.

En la amplia estancia que servía de comedor y dormitorio a Lantecor, y donde ardía un buen fuego, el joven escanció dos generosas raciones del vino que nunca faltaba al dueño de casa y alargó a éste una de las jarras de estaño.

El cura bebió con avidez y el otro le imitó, aunque más moderadamente.

—Lantecor, estamos en peligro —dijo, finalmente.

—No me dices nada nuevo —gruñó el otro, más calmado, pero aún llenó de miedos.

—Lo sé, pero tenemos que...

—¡Si tú no hubieras quemado a la Gretchen! ¡Es por tu culpa que Satán ha enviado...!

Un duro gesto del otro, hizo callar abruptamente al cura.

—¡Calla, estúpido! —vociferó Hans—. Aún no sabemos si son enviados de Satán o de Dios...

—¡No...! —comenzó Lantecor y no pudo seguir hablando, porque el temblor volvió a apoderarse de él.

—¡Tiemblas, miserable! —se ensañó Hans—. Porque si es Dios... ¡es que vienen a por ti! ¿Creías que tus fornicaciones no iban a saberse? ¿Y tus exacciones a las viudas y a los huérfanos...?

—¡Basta! ¡Calla, por favor! —y Lantecor alzaba sus manos hacia Hans, como si éste fuera el juez que había de juzgarle.

El otro se calmó y prosiguió en otro tono.

—Lo que quiero que entiendas es que tenemos que unirnos... Todo el pueblo tiene que estar unido... Si esos seres... sean lo que sean... pretenden juzgamos, todo el pueblo debe atestiguar a nuestro favor. Y lo harán porque todos me temen y porque yo conozco sus sucios secretos...

—Nunca podremos conseguir esa unanimidad que pretendes...

—¿Por qué?

—¿Te olvidas de Mauritius...? Él no te teme, ni tú conoces ningún sucio secreto de él... porque no los tiene.

Al oír el nombre del monje, Hans alteró sus facciones. Durante unos segundos permaneció en silencio y luego dijo:

—Mauritius, sí... Yo mismo me ocuparé de él...

—¿No irás a...?

—Haré lo que deba hacer. Y ahora escucha mi plan...

—¿Tu plan? ¿Pero es que te crees capaz de vencer a ángeles o a demonios?

—De vencer, tal vez no. Pero de impedir que nos hagan daño, sí.

—¿Cómo?

—Haciéndoles ofrendas...

—No hay suficiente oro en todo Kalesburg...

—No estaba pensando en oro.

—¿En qué entonces?

—En doncellas.

Lantecor no pudo evitar el santiguarse.

—¿Doncellas...? ¿Es que estás realmente poseído por Satán?

Hans se echó a reír.

—No, idiota. Piensa un poco... Si son demonios, no rechazarán tan apetecible manjar...

El cura movió la cabeza, dubitativo.

—Puede que sí y puede que no, pero... ¿y si son ángeles?

—Si son ángeles —gruñó Hans—, los ángeles también pueden ser tentados...

Con mano temblorosa, Lantecor volvió a llenar de vino su jarra.

—Supongo... —tartamudeó— que ni tú ni yo seremos perdonados nunca...

Hans volvió a reír con cinismo.

—Después de... después que todo pase, nos arrepentiremos y seremos perdonados, no pases apuro...

Lantecor terminó de beber el contenido de la jarra y, sintiéndose más seguro, se encaró con el otro.

—No seré yo quien seleccione a las doncellas.

Hans le miró con soma.

—No te preocupes, yo mismo me encargaré de hacerlo... ¡Y comenzaré ahora mismo! Brigit... ¡Ella será la primera!

Una vez más, el cura le miró como quien mira al mismo Diablo.

—Brigit, pero… —pareció cambiar de idea, y dijo—: Su padre es el Burgomaestre y nunca consentirá.

—Tendrá que consentir —se mofó Hans—, porque también de él conozco muchos secretos…

Verdaderamente asustado, Lantecor intentó una última defensa.

—Pero Brigit… ¡Es tu prometida!

Hans lanzó una carcajada.

—¡Por eso será la primera elegida! ¡Porque de ella puedo dar fe que es doncella!

CAPITULO V

Vonik fue el primero en descubrir el extraño cortejo.

Aunque aún no había acabado de amanecer, los cinco tripulantes de la nave estaban despachando un frugal desayuno, como paso previo a su toma de contacto con los seres vivos del planeta en el que estaban.

Discutían las posibles motivaciones de la agresión anterior —«nos temen», opinó Kalon—, cuando el militar, con tono de gran sorpresa, anunció: «¡Vaya, tenemos visita!»

Todos se precipitaron a la pared-ventana.

Y lo que vieron no pudo menos que aumentar la sensación que ya tenían de ser extranjeros en esa tierra incomprensible.

Flanqueadas por dos hombres portadores de humeantes antorchas, seis muchachas avanzaban hacia la nave con pasos torpes e indecisos.

Tras ellas, muchos hombres las seguían.

—Conecta los audios exteriores —pidió Fobar a Kalon, que se apresuró a cumplir el pedido.

De inmediato algo que parecía una reiterativa melopea inundó la nave.

—Cantan —dijo Turo.

Alama le miró con soma.

—¡Una deducción genial! —se burló, agregando—: Lo realmente importante sería poder determinar el significado de ese canto...

—Parece algo religioso —aventuró Vonik.

—Sí —intervino Fobar—, también a mí me lo parece. ¿Y esas mujeres apenas cubiertas con mantas que encabezan la marcha?

—Serán una especie de sacerdotisas —opinó Turo.

—Pues si lo son, no les agrada demasiado su trabajo —era Alama.

—¡Tienes razón! —se exaltó Kalon—. ¡Esas mujeres no encabezan la procesión por su propia voluntad! Y eso corrobora mi teoría... ¡Ya entiendo lo que está pasando!

Los otros le miraron interesados, sorprendidos y un tanto burlones.

—Ilústranos, Kalon —sonrió el jefe.

Con voz algo engolada, el joven inició su «disertación».

—Es evidente que el grado de desarrollo de estos seres es muy inferior al nuestro. Ya hemos podido apreciar la precariedad de sus construcciones y su burdo intento de quemar la nave. Pero han intentado hacernos arder, no por odio, sino por temor, como ya dije antes...

—¿Por qué no puede ser odio? —le interrumpió Vonik—. Estoy contigo en que están más atrasados que nosotros, pero pueden haber recibido visitas extraplanetarias anteriores por parte de piratas espaciales, haber sido agredidos...

—Sí —reconoció Kalon—, eso es posible. Pero no altera en esencia mi opinión. Ellos nos temen y por eso han intentado matarnos. Al comprobar que eso les resulta imposible... han decidido «compramos».

—¿Compramos *con qué?* —preguntó irónicamente Alama, que ya había entendido adónde quería ir a parar Kalon.

—Con esas... —contestó riendo el muchacho, mientras su índice señalaba burlonamente a las seis muchachas que estaban ahora detenidas a unos diez metros de la nave.

—Para mí la segunda de la izquierda —se apresuró Turo, entre las risas de todos.

—¡Y para mí los que llevan las antorchas! —coreó Alama.

—Eres una auténtica sanguijuela sexual —comentó Kalon.

Pero Fobar de inmediato calmó los desbordes de sus subordinados más jóvenes.

—Me inclino a aceptar tu teoría, Kalon —comenzó, y de inmediato se hizo el silencio—. Dinos ahora qué debemos hacer...

No era frecuente que el jefe le pidiera opiniones a él, que sólo estaba realizando su primer viaje. Kalon contestó con voz indecisa. En realidad, no sabía si Fobar quería realmente saber su opinión o si se estaba burlando.

—Creo... —vaciló—. Es decir... estoy seguro... que esas gentes no pueden hacemos el menor daño...

Fobar reprimió un gesto de impaciencia y eso hizo saber a Kalon que su jefe no estaba bromeando. Curiosamente, eso le hizo sentir más seguro.

—Lo que creo, Fobar —prosiguió—, es que debemos mostramos amistosos con ellos, pero cuidando de no aumentar su miedo.

—Una combinación difícil de conseguir —reflexionó Fobar,

agregando inesperadamente—: ¡Encárgate tú de lograrla!

Cuando se abrió la rampa de descenso y Kalon apareció en la abertura, se produjo un incontenible movimiento de pánico entre los visitantes.

Las muchachas lanzaron agudos gritos de terror y la mayoría de los hombres huyeron tropezando y empujándose los unos a los otros.

La mayoría de los hombres, pero no todos. Hans y Worms y Keller y Lothar no huyeron.

Los dos últimos no por valor, sino por miedo. Hans les había jurado que los mataría si lo hacían.

Quedaron sólo ellos cuatro para empujar a las doncellas hacia Kalon, que en esos instantes posaba por primera vez su pie sobre la superficie de la Tierra.

Hans obligó a las dos muchachas que tenía delante

a avanzar hacia el recién llegado. Sus compañeros hicieron lo propio con las restantes.

—¡Tómalas, poderoso señor! —gritaba Hans—. ¡Son puras doncellas y son todas para ti, amo todopoderoso!

Kalon no entendía las palabras, aunque sabía que estarían siendo descifradas en la nave por Turo, gracias al simple y útil Translator.

No entendía las palabras, pero sí su significado, gracias a sus anteriores deducciones y a los obvios aspavientos de Hans.

No encontrando nada mejor que hacer y, por supuesto, nada que decir, ya que no sería entendido, sonrió ampliamente y abrió sus brazos, en gesto de amistad.

La respuesta de los recién llegados le sorprendió grandemente: todos, mujeres y hombres, cayeron de rodillas ante él.

Pero la sorpresa cedió muy pronto paso a la comprensión. Todo era coherente. Le consideraban un ser superior, tal vez un dios, y se apresuraban a rendirle pleitesía.

Pensando en lo poco que contaba en Buru *y,* muchísimo menos aún, en el conjunto interplanetario, Kalon no pudo reprimir una sonrisa.

Pero aún no había suficiente luz como para que los arrodillados seres que tenía ante sí la vieran. Por otra parte, no osaban mirarle a la cara.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó. Pero él mismo había hablado a sus compañeros de ser amables con esos extraños seres y decidió

poner en práctica su sugerencia.

Muy decidido, marchó hacia las aterradas muchachas y, con suavidad pero con firmeza, obligó a incorporarse a la que tenía frente a él.

La doncella —era Brigit— aumentó el temblor de su cuerpo y hasta sus dientes comenzaron a castañetear; mantenía sus ojos fuertemente cerrados y todo ella era un sólo espasmo de terror.

Kalon pasó su mano por los rubios y largos cabellos, en un intento de calmarla, gesto que fue muy del agrado de Hans, quien lo tomó como una forma de aceptación de la ofrenda.

Se animó a incorporarse y comenzó a proferir, en voz bien alta:

—¡Tómala, oh mi señor! ¡Es toda tuya... y es doncella!

Kalon le miraba sonriente, sin comprender ni las palabras ni el sentido pero, en el interior de la nave, sus compañeros, gracias al Translator, se estaban formando una acabada idea de lo que ocurría afuera, a la vez que comenzaban a dominar el idioma de los visitantes.

Pese a la tensión que a todos dominaba, pese a saber que muy pocas posibilidades tenían de regresar algún día a su confortable y civilizado planeta, la situación que vivían y, en especial, la que estaba viviendo Kalon les obligó a reír.

Primero fue Alama con una discreta sonrisa, disimulada tras un carraspeo, después fue Turo, más abiertamente, y, por fin, los cuatro estallaron en sonoras carcajadas.

Fue Turo el que expresó con palabras lo que todos pensaban:

—¡Si el tímido de Kalon supiera en qué lío se ha metido!

Y fue Fobar, naturalmente, el que puso fin a las risas.

—Creo que es hora de que vayamos en su ayuda —dijo, y se encaminó hacia la rampa.

La aparición de Fobar y los otros devolvió el terror a los hombres y mujeres que, lentamente, comenzaban a tranquilizarse, al comprender que Kalon no abrigaba malas intenciones hacia ellos.

Haciendo caso omiso del terror, el comandante comenzó a hablar en la lengua de los terráqueos.

—Amigos —les dijo—, no hemos venido a haceros daño. Tuvimos un accidente en nuestra nave, por eso estamos aquí...

Atónitos al ver que los ángeles o demonios hablaban su propio idioma y manifestaban deseos de paz, todos comenzaron a

tranquilizarse.

Una vez más, Hans se adelantó hacia los recién llegados.

—Poderosos señores —comenzó—, soy Hans, hijo de Worms, el alquimista, y alquimista yo mismo... Os doy la más calurosa bienvenida en nombre de todo el pueblo de Kalesburg...

—Gracias —dijo Fobar, pero fue interrumpido por Hans.

—Os hemos traído estas doncellas para vuestro deleite —al parecer, no había advertido el sexo de Alama, lo que no era de extrañar, ya que los trajes espaciales eran idénticos para todos los tripulantes—, tomadlas ya mismo y sed muy felices con ellas...

Kalon, que por no haber disfrutado de las enseñanzas del Translator, no entendía palabra de lo que Hans hablaba, seguía sosteniendo con sus manos las manos de Brigit, cuyo pecho agitado traicionaba su temor, pero cuyos ojos, ya bien abiertos, comenzaban a mirar a su desconocido compañero.

—Gracias, Hans —contemporizó Fobar, mientras sus compañeros hacían esfuerzos por contener la risa—, valoramos tu presente, pero nos vemos obligado a rechazarlo. En nuestro planeta no se ofrecen seres humanos como dádivas. Aunque —se apresuró a recalcar— te repito que valoramos debidamente la amistad que tú y tus compatriotas nos demuestran...

A todo esto, el resto de los pobladores de Kalesburg, viendo que nada malo ocurría a sus adelantados, se animaban a acercarse.

A la cabeza de ellos iban el Burgomaestre Tubinga, Worms y Lantecor.

—¡Hablan nuestro idioma! —se asombró Worms, cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para oír a Fabor, y agregó de inmediato—: Burgomaestre... a ti te corresponde invitarles a Kalesburg.

Aunque todavía muy asustado, Tubinga hizo lo que le sugería.

Fobar, tras enviar a Kalon a la nave para que hiciera rápido uso del recientemente programado Translator, aceptó complacido la invitación y la onírica comitiva, encabezada por los viajeros planetarios, Hans, Worms, Tubinga y Lantecor, se puso en marcha hacia la ciudad.

Las seis doncellas, sabedoras de que su sacrificio ya no les era requerido, se abrazaban y reían, como si de una condena a la hoguera se hubieran librado.

Brigit también estaba muy contenta, pero lanzaba frecuentes miradas hacia atrás, hacia la nave, en cuyo interior Kalon estaba rápidamente asimilando su idioma.

«¿Qué es un alquimista?», había preguntado Fobar a Hans. Cuando éste le hubo informado al respecto, el comandante comentó a sus subordinados: «Equivale a nuestros científicos... Este hombre habla de trasmutar metales en oro... Supongo que ellos intentan conseguir lo que nosotros logramos con la energía nuclear.»

Para no ofender a sus anfitriones, utilizó el lenguaje de los terráqueos al hablar. Y Hans, tomando muy buena nota de sus palabras, comenzó a maquinar en su siniestra mente.

«Estos seres no parecen ser ni ángeles ni demonios, pero son muy poderosos —se dijo—, y la base de su poder debe estar en lo que ellos llaman su "nave". Si yo pudiera apoderarme de ella... también me apoderaría de sus secretos y de su poder...»

Mientras pensaba en todo esto, una sonrisa vil y obsecuente distendía su cara, respetuosamente dirigida | hacia Fobar.

CAPITULO VI

Al llegar a la ciudad la comitiva, un verdadero enjambre de desharrapados y sucios niños, mal contenidos por algunas atemorizadas madres, les recibió, en medio de un todavía asustado silencio.

Los recién llegados miraban con honda curiosidad ese espectáculo tan desconocido para ellos.

Y todos concluían para sí mismos que el grado de atraso y de miseria de esas gentes era realmente inconcebible para ellos. «Están atrasados no menos de diez siglos con relación a nosotros», pensó Fobar.

Alama también veía y pensaba como sus compañeros, pero veía y pensaba en algo más: el desastroso estado sanitario de esos niños.

Especialmente fijó su atención en dos de ellos, que permanecían apartados del enjambre, como rechazados por los demás.

De ser así, esto tenía su explicación: los brazos, las piernas y parte de las caras de los dos, estaban cubiertos por horribles pústulas, de las que emergía un líquido amarillo y verdoso

Sin poder contenerse, Alama se dirigió a Fobar.

—Yo puedo curar a esos niños —le dijo, señalándoselos.

—Hazlo —contestó el jefe.

Alama comenzó a separarse del grupo.

—Iré a la nave a por un ungüento —dijo.

La breve conversación fue dicha en el idioma de los extraterrestres, pero el sagaz Hans vio los gestos e imaginó su significado.

Era su oportunidad para ver la nave por dentro y no estaba dispuesto a perderla.

—Iré con usted —dijo a Alama, haciendo una reverencia.

—No es necesario —sonrió ella, pero no pudo negarse a la compañía.

No podía imaginar que su humanitario gesto iba a sellar definitivamente su suerte y la de sus compañeros.

Mientras ella buscaba el medicamento adecuado, Hans paseó sus atónitos ojos por la sala de mandos.

«Si pudiera dominar esta ciencia —se decía— sería el amo de Kalesburg… qué digo… ¡el amo del mundo!»

Mientras las mujeres preparaban un pantagruélico banquete de bienvenida, Alama aplicó su pomada a los cuerpos de los dos niños y anunció a sus asustados padres que en un par de horas se notaría la remisión de las pústulas.

Kalon, ya en posesión del idioma terráqueo, buscaba a la hermosa doncella de las rubias trenzas, sin encontrarla.

Y Turo, que bebía entusiasmado el blanco vino que una gorda tabernera le escanciaba, se burlaba de él.

La comida, de la que no participaron más mujeres que Alama, fue interminable y opípara, mereciendo las reiteradas y sinceras alabanzas de los invitados de honor.

También el blanco y espumoso vino del país mereció los honores de Fobar y su tripulación que, al acabar el banquete, daban claras muestras de una modorra etílica.

Y esto hizo concebir nuevas y definitivas esperanzas al siempre alerta Hans.

«No son dioses —reflexionó—, son seres vulnerables al alcohol como nosotros. Eso significa que no son invencibles... ¡y que yo les venceré!»

* * *

Menos afectado por el vino que sus compañeros, Kalon se levantó de la larguísima mesa, dispuesto a dar un paseo.

Tenía su retina llena de esa doncella que había levantado del suelo con sus brazos, y estaba dispuesto a dar con ella.

Las calles cubiertas de nieve de Kalesburg estaban vacías. No obstante, tras las ventanas cerradas de cabañas y residencias de burgueses, podía adivinar rostros femeninos que le observaban con curiosidad y temor.

El llevaba una amplia sonrisa estereotipada en su cara, para que todos —y todas— supieran que no debían temerle. Que él iba en son de paz.

Frente a la plaza, vio un edificio más grande que los otros. El más grande de todos los que había visto en la pequeña ciudad. Más grande, incluso, que la iglesia, que se alzaba frente a él, en el otro extremo de la plaza.

Adivinó que se trataba de la residencia del jefe de la población y,

curioso, paseó su mirada por la gran entrada, cuyo portal de madera reproducía imágenes bíblicas, por las ventanas de la planta baja, y por los trabajados balcones de la planta superior.

En el interior de uno de esos balcones estaba ella.

Llenó de decisión, golpeó fuertemente a la puerta.

* * *

Cuando Fobar se estaba despidiendo del Burgomaestre y de los demás, decididos él y su tripulación, a dormir toda la noche que ya comenzaba, aparecieron en el lugar del banquete los dos niños a los que curara Alama, acompañados por sus padres.

La mejoría era más que visible. Las pústulas se estaban cerrando y ya no manaba de ellas el repugnante pus.

Los niños sonreían, felices. Hasta sus miradas se adivinaban claras y despejadas.

Los padres, llorando, se echaron a los pies de Alama y comenzaron a besar sus pies, cubiertos por las botas de reglamento.

Bastante costó a la muchacha obligarles a levantarse y a cesar en sus efusiones. Pero lo que no pudieron evitar los extraterrestres fue un nuevo brindis, propuesto por el reanimado Burgomaestre, en honor de la «magia» de Alama.

Esta curación, que Hans esperaba y deseaba, le confirmó en sus pensamientos sobre el gran poder de los recién llegados.

Si podían curar tan fácilmente la terrible peste que aquejaba a esos chicos y que, sin remisión, les hubiera llevado a la tumba en un par de semanas, ¿de qué no serían capaces?

«Trasmutar en oro los metales viles —decidió— tiene que ser un juego de niños para ellos.»

Y entonces se le ocurrió algo en lo que aún no había pensado: armas. ¡Estos seres debían poseer armas que, de hacerse él con ellas, le convertirían en invencible!

Y esas armas, claro está, las tendrían los visitantes en la nave...

Excitado, dispuso no perder ni un instante más.

Se planteó el actuar solo, pero desconfió de su propio poder o, mejor dicho, le asustó el poder de los extraterrestres.

Se decidió a pedir ayuda y convocó a Tubinga, a su padre, a Lantecor, a Ascanius, el médico, y a sus fieles Keller y Lothar, para

una reunión urgente.

Acordaron reunirse de inmediato en el salón consistorial del Ayuntamiento.

* * *

Nadie respondió a los golpes de Kalon, por lo que éste empujó una de las dos hojas de la gran puerta, que cedió a su impulso sin más resistencia que la debida a su propio peso.

Se encontró en una vasta sala, en la que ardía un buen fuego y de la que partía una gran escalinata de madera.

Sin vacilar, ascendió por ella.

Al rellano superior se abrían varias puertas. Eligió una de las dos que daban a la calle.

No había nadie en esa amplia estancia, una especie de despacho o salón.

En la otra habitación, más pequeña y más íntima, estaba Brigit.

De pronto turbado, Kalon se detuvo a medio camino entre la puerta y la muchacha.

—He venido… —comentó, vacilante—. Es decir, te he visto…

Ella no decía nada, pero le miraba fijamente.

Y esa mirada no necesitaba de Translators para ser interpretada.

Esa mirada barría con las diferencias de tiempo y espacio, de raza y de cultura. Era la más vieja y la más nueva de todas las miradas.

Era una mirada de amor.

Sin necesidad —sabiendo que no tenía necesidad— de hablar más, Kalon se adelantó y tomó a la muchacha entre sus brazos.

En la casi infinitamente lejana Buru, había sido un muchacho tímido e inseguro, que se ruborizaba como una niña al acercarse a las bellas exponentes del sexo opuesto.

Aquí, en este atrasado, desconocido y sucio Planeta Número Tres, se sentía fuerte y seguro de sí mismo.

Porque era precisamente aquí donde había encontrado —también él— el amor.

Suavemente, con su boca apretada contra la boca de Brigit, la fue empujando hasta un bajo y amplio lecho, cubierto por pieles de animales, que seguramente pertenecía a la muchacha.

Un piso más abajo, Hans, que acababa de entrar, junto con sus compañeros, se hubiera asombrado al saber que, finalmente, su ofrenda había sido aceptada, al menos por uno de los extraños visitantes.

Que la doncella que a él amorosamente se entregaba fuera su propia prometida no era cosa que, de haberlo sabido, en esos decisivos momentos pudiera inquietarle.

CAPITULO VII

—¡Os lo repetiré una vez más, maldita sea! ¡O nosotros acabamos de inmediato con esos extranjeros o ellos acabarán con nosotros! —repitió, ya furioso Hans.

—Pues yo sigo pensando que vienen en son de paz... —interpuso Tubinga, que prefería las comilonas a las guerras.

—También yo, Hans, también yo... —se apresuró Lantecor—. Al menos —agregó, ante la amenazante mirada que le echó el alquimista—, creo que deberíamos esperar a ver cómo se comportan, antes de tomar una resolución de la que podemos arrepentimos...

—¡Idiota! —estalló Hans, incorporándose, con las majos apoyadas sobre la gran mesa—. ¿Es que no entiendes que tú serás el primer perjudicado?

El clérigo le miró, sin comprender.

—Estos seres traerán su propia religión —explicó el otro, con voz despectiva—. Y todo el pueblo les seguirá... Porque son poderosos, porque les temen... y porque confían más en sus poderes que en los tuyos...

Lantecor intentó un ademán de defensa.

—¡Calla! —le interrumpió Hans—. ¡Las cosas son como yo las digo, y tú lo sabes! En cuanto ellos comiencen a predicar su religión, ni el más convencido de tus feligreses concurrirá a tu iglesia —hizo una pausa, sin dejar de mirarle—. Y se habrán acabado para ti los diezmos y las limosnas —concluyó.

—Puede que eso perjudique a Lantecor —terció el Burgomaestre—, pero en lo que respecta al burgo...

Con la rapidez de la serpiente, Hans se volvió hacia él.

—Lo que he dicho a Lantecor se aplica exactamente a ti, Tubinga. ¿Crees que podrás seguir enriqueciéndote con los tributos y las exacciones? ¿A quién crees que entregarán sus dineros los vecinos de esta villa? ¿A ti, gordo inútil, o a los que sin duda podrán, con su magia, hacer llover en el seco verano y que las mieses fructifiquen como nunca lo han hecho? Y no olvides —remató— que estos seres deben poseer armas ante las cuales las albardas y armaduras de la soldadesca del Margrave se derretirán como la nieve fundida por el sol...

Un silencio denso y pesado se apoderó de todos. Pero Hans aún no había acabado.

—En cuanto a ti, Ascanius, ¿qué puedo decirte que ya no sepas? Ya has visto cómo esa mujer curó a los hijos de Oton, a quienes tú siempre diste por desahuciados...

El aludido cruzó sus brazos y dejó caer su cabeza sobre su pecho, sin decir palabra.

—¿Crees que tendrás algún paciente, de ahora en adelante? —insistió el alquimista, respondiéndose él mismo—: Bien sabes que no. Tendrás que vender tu granja y tu caballo, Ascanius... Y en cuanto a tus visitas nocturnas a cierta casa de la vecindad...

—¡Calla, maldito demonio! —estalló el médico—. ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

Hans pareció tranquilizarse. Aflojando sus músculos, se dejó caer en el asiento que antes ocupara.

—Que me ayudéis —dijo, con voz cansada—. Que me ayudéis a acabar con esos seres que ocasionarán nuestra ruina...

—Pero, Hans —se animó Lothar—, ¿cómo podríamos nosotros dominarles? Tú mismo has dicho que tienen armas y poderes y magias mucho más poderosos que los nuestros...

—Es verdad. Pero también ellos pueden morir. Si les apuñalamos mientras están dormidos...

—¡No harás tal cosa, Hans, hijo de Worms! ¡No, al menos, mientras yo viva!

Todos se volvieron con un estremecimiento, hacia el sonido de esa voz que conocían tan bien.

—¡Mauritius! —trató de componerse Tubinga—. Sé bien venido...

Pero ningún monje por santo que fuera, podría interponerse entre Hans y sus sueños de poder.

Volvió a incorporarse y se encaró con el recién llegado.

—Escúchame atentamente, monje —comenzó, y Lantecor no pudo evitar un estremecimiento—. Ya no temo a tu magia porque...

—No es a mi magia a la que debes de temer, sino a la ira del Señor... —le interrumpió Mauritius.

—No la temía antes —se burló el otro—, menos la he de temer ahora, que voy a ser más poderoso que tu Dios...

—¡Blasfemo! —se alteró el monje—. ¡El infierno ganarás con tus

palabras!

—¡Tú estarás en él antes que yo! —profirió Hans y. sin que nadie lo sospechara, se abalanzó sobre Mauritius, derribándole.

Ante el horror de los otros, extrajo un puñal de entre sus ropas y lo alzó, dispuesto a acabar con la vida del que se atrevía a desafiarle.

Pero esto fue demasiado. Lantecor, y después también Tubinga, se abalanzaron sobre el alquimista y desviaron su mano, que ya caía sobre el indefenso cuerpo del monje.

Hans, furioso, se revolvió, pero no pudo librarse de sus captores, que le sujetaban con fuerza.

—Cálmate, Hans —dijo Tubinga—, haremos lo que tú quieras, pero no permitiremos que mates a este santo hombre…

—¡Este «santo hombre» nos delatará a los extranjeros! —se exaltó Hans.

—No si lo encerramos en la bodega —intervino de pronto Worms, que no había abierto la boca.

Y la intervención del padre fue decisiva para calmar al hijo, que se sacudió con un gesto de disgusto los brazos que le aprisionaban, mientras guardaba nuevamente su puñal.

—De acuerdo —concedió—. Pero que sean Keller y Lothar los encargados de atarle. ¡Y que las ratas se encarguen de la tarea que no me habéis permitido realizar! —concluyó, con tono de desprecio.

Los dos aludidos se apoderaron del indefenso y ensimismado monje y lo arrastraron fuera de la estancia, camino de la subterránea y lóbrega bodega.

—¿Cuándo acabaremos con ellos? —preguntó, simplemente, Worms.

—Ahora mismo —respondió Hans—. En cuanto regresen Lothar y Keller, marcharemos a la nave.

El miedo fue perceptible en Tubinga, en Lantecor y en el mismo Ascanius, pero ninguno de los tres se atrevió a hablar.

* * *

Poco después de marchar Hans y los suyos en procura del poder o de la muerte, Kalon despertó de un ligero sueño, encontrándose a Brigit adormecida entre sus brazos.

Casi con respeto, besó esos cabellos que tanto había amado desde que les viera, y su dueña se despertó.

—Debo regresar a la nave —susurró Kalon—. Deben estar preocupados por mí...

—No te vayas todavía, querido... —rogó Brigit—. Dejemos al nuevo día nacer de nuestro abrazo...

—Pero tu padre... alguien puede venir...

—Nadie vendrá. Mi padre nunca entra en mis aposentos y las criadas festejan, junto con todo el pueblo, vuestra llegada...

Kalon la miró con ternura.

—Hace unas horas maldecía por estar en este planeta —musitó, y ahora... ahora no querría abandonarlo nunca...

Una sombra muy oscura cruzó por el rostro de la bella muchacha.

—No me recuerdes que un día te irás... —rogó.

—Tal vez un día me vaya —se exaltó él—, pero tú vendrás conmigo.

La sombra muy oscura volvió a dejar paso al brillante sol de una sonrisa.

—¿De verdad? ¿No me mientes? ¿Cuándo te vayas me llevarás contigo?

—¡Claro que sí! Ahora te he conocido... ahora que, gracias a ti, he conocido el amor..., ¿cómo crees que podría abandonaros?

—*¿Abandonarnos?*

—A ti y al amor, quiero decir —aclaró él, y los dos rieron.

—¿Te dejará tu padre que vengas conmigo? —preguntó Kalon, tras una pausa.

—Sí, si antes me desposas...

—*¿Desposarte?* ¿Qué es eso?

—Unirnos para siempre... para toda la vida... ante un hombre de Dios. ¿Es que en tierra no lo hacéis? —se asombró Brigit.

Kalon sonrió.

—Sí, si lo hacemos. Sólo que no lo llamamos «desposamos»...

—¿Cómo lo llamáis?

—Unión...

—¿Unión?

—En realidad, el nombre completo es Unión Psicosomática Indisoluble, pero todos le llamamos, simplemente, Unión.

—Desposamos o unirnos… lo mismo da, siempre que tú y yo estemos juntos…

—Y así estaremos, adorada Brigit… Por cierto, ¿quién será ese hombre de Dios que nos desposará?

—Un santo fraile dominico, llamado Mauritius. Mañana o pasado estará entre nosotros y podrás conocerle.

—Será un gran placer. Entretanto…

Mientras las primeras luces del alba daban pinceladas de color a los nevados techos de Kalesburg, Brigit y Kalon, estrechamente abrazados, volvieron a hacer el amor.

CAPITULO VIII

No bien pasar las grandes puertas del Ayuntamiento, Lantecor anunció que volvería a la iglesia.

—¡Ni lo sueñes! —se enfureció Hans—. Todos permaneceremos unidos hasta acabar con los extranjeros

Muy a desgana, Lantecor, así como Tubinga y el mismo Ascanius, se vieron obligados a seguirle, como se habían visto obligados a pasar con él las larguísimas horas de esa noche interminable.

Aunque todavía escasa, la luz del amanecer era suficiente para distinguir con claridad los detalles de la nave.

Como Hans esperaba, la rampa seguía abierta.

A diez metros de ella, el joven alquimista distribuyó sus fuerzas.

Y fue comprensivo con los débiles.

—Padre —ordenó—, tú, Lantecor, Tubinga y Ascanius os quedaréis rodeando la nave. Por si alguno consigue escapar con vida... —aclaró.

Pero el médico tuvo una reacción imprevisible.

—No, Hans —dijo—, yo te acompañaré. Quiero dar muerte con mis propias manos a esa maldita mujer...

Aunque el otro no pudiera verle, a la escasa luz reinante, Hans sonrió. «Sin duda —se dijo— soy el más inteligente de todos. Y merezco poseer el poder.»

Worms y los otros dos se distribuyeron rodeando a la nave, mientras Hans, Keller, Lothar y Ascanius penetraban en ella con infinitas precauciones.

En parte para economizar al máximo la poquísima energía que les quedaba, pero, principalmente, porque confiaba totalmente en los pobladores del Planeta Número Tres, Fobar había desconectado absolutamente todos los sistemas electrónicos de la nave.

Por supuesto, esto también incluía los sistemas de alarma.

Hans y los suyos dieron sin inconvenientes con el dormitorio, donde Fobar, Alama, Vonik y Turo dormían profundamente sus fatigas y sus libaciones, hundidos en sus literas, que más parecían nichos.

Actuaron de prisa y con eficiencia de asesinos profesionales.

Sin hablarse, con sólo un par de gestos precisos, Hans mostró cada víctima a su victimario.

El fue el primero, matando, de una sola y certera puñalada, al comandante Fobar. Keller asesinó a Turo y Lothar necesitó hundir dos veces su cuchillo en el pecho de Vonik para acabar con su vida.

Con una demoníaca expresión distorsionado su rostro, Ascanius apretó y apretó el cuello de la indefensa Alama, hasta que estuvo bien seguro que todo soplo de vida había abandonado su cuerpo.

—Ahora podéis iros —dispuso Hans, y los otros se apresuraron a obedecerle.

Pero entonces cayó en la cuenta de que faltaba Kalon y llamó a gritos a sus hombres.

—¡Maldito sea, falta uno! —vociferó—. ¡Y tenemos que matarle antes de que se haga con sus armas y su magia y acabe con nosotros!

Al principio con gran temor, pero después con creciente confianza, registraron la nave palmo a palmo, sin dar, obviamente, con Kalon.

Desasosegados y nuevamente temerosos, tuvieron que abandonar la búsqueda ante la evidente inutilidad de sus esfuerzos.

—Estará por los alrededores —supuso Hans—. Mantened los ojos bien abiertos y acabad con él antes que sospeche nada y pueda defenderse.

Los otros se desparramaron por la cabaña que había sido de Gretchen, el descampado y el bosquecillo circundante, contentos de haber abandonado la nave, a la que temían como a un engendro del Averno.

Cuando, por fin, estuvo a solas, Hans se dedicó a lo que era su objetivo: encontrar las armas y toda la magia que pudiera utilizar.

* * *

Un agudo grito de terror despertó violentamente a Brigit y a Kalon.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en un susurro el muchacho, consciente de que ya era de día y que él no debería estar ahí.

—No lo sé —contestó la chica, en el mismo tono, mientras se incorporaba nerviosamente.

El grito volvió a repetirse, esta vez más apagado y más próximo.

—Es Lena, una criada —dijo Brigit.

Se echó sobre su hermoso cuerpo desnudo una capa de rica tela y

se dispuso a abandonar la habitación, mientras Kalon se vestía apresuradamente.

—Espérame —dijo a su amante—. Volveré de inmediato.

Y, en efecto, volvió a los pocos minutos.

—Lena dice que hay un espíritu en la bodega… —comentó, entre preocupada e incrédula.

—¿Habrá bebido en exceso de vuestro magnífico vino? —bromeó Kalon.

Pero Brigit no reía.

—Lena nunca bebe y es muy seria. Algo habrá oído…

—¿Y tu padre? —quiso saber él.

—No ha regresado en toda la noche. Y eso también me preocupa y me desconcierta… Mi padre nunca deja de venir a casa por las noches.

Kalon tomó una decisión.

—Aleja de la casa a Lena con cualquier pretexto y yo iré a enfrentarme con ese espíritu de la bodega…

Brigit sonrió, agradecida.

—Me tranquilizaría que lo hicieras. Bajo la bodega fluye una corriente de agua y siempre he temido que los monstruos de las profundidades pueden emerger gracias a ella…

Un par de minutos más tarde, Kalon era conducido por la chica hasta una pequeña puerta de madera, tras la que halló una empinada y húmeda escalera de piedra, que descendía a las profundidades.

Alumbrado por la luz de una vela, que Brigit le facilitara, Kalon trató de orientarse por una serie de abovedadas galerías, abarrotadas de toneles y de grandes vasijas.

El acre olor a vino llenaba el ambiente, hasta hacer dificultosa la respiración.

De pronto, escuchó algo así como un ronquido.

Orientándose por él, muy pronto descubrió al desfallecido Mauritius, atado fuertemente a una columna de piedra y no lejos de la muerte, a causa de las emanaciones etílicas y la falta de oxígeno.

Le costó su buen trabajo desatar las fuertes ligaduras pero, por fin, lo consiguió.

El fraile no estaba en condiciones de andar por sí solo, por lo que Kalon tuvo que casi arrastrarle hasta la escalera.

Tampoco le fue fácil subirle por ella, pero el casi inerte cuerpo era bastante más ligero que el suyo y pudo conseguirlo.

Finalmente arriba, un grito de Brigit volvió a sorprenderle.

—¡Fray Mauritius! —se horrorizó la muchacha al descubrir la identidad del cuerpo que yacía sobre el piso de piedra—. ¿Está... está...? —no se animó a preguntar de inmediato.

—Está vivo, pero no sé si podrá seguir estándolo —informó Kalon, mientras se aplicaba a practicar la respiración boca a boca al yacente, ante el asombro de Brigit.

—Tendré que buscar a Alama —dijo de pronto, sin que la chica le entendiera.

Pero el fraile comenzó a reaccionar.

—¡Gracias a Dios! —clamó Brigit.

De todos modos, el estado de Mauritius causaba inquietud a Kalon.

– Sí, está reaccionando —concedió—, pero de todos modos iré a buscar a nuestra médica.

Entonces, sorpresivamente, Mauritius sacudió repetidamente su cabeza y agitó su mano, como queriendo evitar que el muchacho le abandonara.

Este interpretó correctamente los gestos, pero no su sentido.

—No se altere —le dijo—, volveré en un par de minutos con nuestra médica...

—No... no vaya... —logró articular el religioso.

Realmente sorprendido, y recién cayendo en la cuenta que —según el grito de Brigit— ése era el hombre de Dios que la chica esperaba los desposaría algún día, Kalon preguntó:

—¿Que no vaya a buscar a nuestra médica? ¿Por qué?

—Temo... —se esforzó Mauritius—. Muertos...

Kalon creyó haber oído o entendido mal.

—¿Cómo...?

—Muertos... —repitió el otro, ahora más claramente—. Temo que... todos muertos...

Brigit, que había desaparecido por un instante, regresó con un jarro, lleno de un líquido de color claro y lo hizo beber al fraile.

—Esto le reanimará, fray Mauritius —le dijo.

Conteniendo su creciente impaciencia, Kalon esperó a que el brebaje hiciera su efecto.

No tuvo que esperar mucho. Al cabo de tres o cuatro minutos, el religioso se incorporó, con el color volviendo a su cara.

Ayudado por Kalon y por Brigit, pudo sentarse sobre un escabel. Y, tras inspirar ávidamente una gran bocanada de aire, comenzó a hablar.

CAPITULO IX

Desde el lugar donde ambos estaban ocultos, sólo podían ver a Lantecor y a Tubinga, montando guardia.

—Los otros deben estar en el interior de la nave —susurró Mauritius, y los dos temieron lo peor.

En realidad, se equivocaban en parte, ya que en el interior de la nave sólo permanecía Hans. Pero acertaban en lo fundamental: todos los compañeros de Kalon estaban muertos..

—Tengo que entrar... —decidió el muchacho, disponiéndose a abandonar la cobertura de los árboles, tras los que se amparaban.

Pero el fraile le retuvo, sujetándole por un brazo.

—¡No cometerás esa locura! —exclamó—. Esos miserables ya se habrán apoderado de vuestras armas y...

—¡Las armas! —se alteró Kalon—. ¡Si caen en sus manos pueden destruir toda la ciudad en un segundo!

Como haciendo eco a sus palabras, en la rampa apareció Hans. En cada mano sostenía una pistola.

—¡Las pistolas de rayos láser! —se alteró Kalon, mientras su compañero le miraba sin comprender.

Pero muy pronto *comprendió.*

Mientras Worms, Lothar y Keller aparecían entre los árboles y se reunían con el joven alquimista, éste manipulaba las armas, intentando saber cómo se disparaban.

Y no tardó en descubrirlo. Muy satisfecho, las empuñó correctamente y, con sus dedos índice tensando el gatillo, apuntó ambas pistolas hacia la cabaña que había sido de Gretchen.

Y disparó.

La cabaña y varios árboles que estaban tras ella, desaparecieron envueltos en una nube de fuego color verde azulado.

En un vasto perímetro, sólo quedaron muy pocos restos calcinados y varias columnitas de humo alzándose sin prisa hacia el plomizo cielo.

«¡Dios mío!», musitó Mauritius, mientras se santiguaba. También él, como Hans y sus hombres, contemplaba el espectáculo de destrucción total —de *desaparición*— sin poder dar crédito a lo que sus ojos se empeñaban en mostrarle.

A Kalon, en cambio, eso no le impresionaba. Lo que sí le

impresionaba era el tener el casi absoluto convencimiento de que sus compañeros ya no formaban parte del mundo de los vivos.

Pero aún quedaba —aunque remota— la esperanza de que hubieran podido huir, de que en alguna parte del bosque estuvieran escondidos...

—Mis compañeros pueden haber huido —dijo al fraile—. Pueden estar escondidos en el bosque... ¡Tengo que buscarles!

—De acuerdo... —comenzó Mauritius, pero se interrumpió, mirando a Hans.

Este, pasado el estupor inicial y seguro de que su poder era invencible, comenzó a dar órdenes.

Kalon y Mauritius vieron como Keller y Lothar se introducían en la nave y, a los pocos instantes, volvían a salir, cargando el peso muerto del cadáver de Fobar.

El religioso puso su mano sobre el hombro del anonadado Hans.

—Vamos, muchacho —le dijo—. Aprovechemos a escapar mientras esos miserables están ocupados en su terrible tarea.

Kalon se negó a irse hasta que vio con sus propios ojos los cadáveres de sus cuatro compañeros depositados sobre la nieve uno junto al otro, mientras Keller y Lothar cavaban una profunda fosa.

Entonces sí, se dejó llevar.

* * *

«¡Más poderoso que nunca lo han sido los Césares de Roma!», se decía, ebrio de poder, Hans, solo en el interior de la nave.

Había enviado a todos sus fieles a la ciudad, a propagar la buena nueva —que él mismo había inventado— y destinada a evitar suspicacias y posibles conatos dé rebelión. Los extranjeros habían partido, deseosos de conocer el país, y le habían transmitido a él, por ser el más sabio, sus poderes y su magia.

Una pequeña sombra enturbiaba su fantástica alegría: el extranjero que aún seguía vivo. Pero no podía preocuparle demasiado. Ya se encargarían sus hombres de encontrarle y hacerle desaparecer.

Por otra parte, ahora era él, Hans, quien tenía las armas. Y esto era lo que realmente importaba.

Con delectación casi amorosa miró las pistolas que aún

empuñaba.

Nadie podría oponerse a él. Nadie, ni siquiera el mismísimo Margrave…

Pero había más armas en la nave y eso podía ser un problema para él.

No había pensado antes en la terrible posibilidad de que otro cualquiera —el Margrave, por ejemplo— se hiciera con ellas.

Entonces todo su poder…

Con la rapidez que caracterizaba a su mente, tomó su decisión.

Él había contado con estudiar detenidamente los complicados ingenios de la nave, hasta aprehender sus secretos y poder utilizarlos para su provecho. También los ungüentos y pócimas de la mujer, médica o hechicera, y, por supuesto, todas las armas que pudiera haber.

Pero ahora comprendía que todo esto llevaría tiempo y que el tiempo jugaba en su contra.

Sólo con sus dos pistolas podía destruir todo Kalesburg, si lo deseaba y, por supuesto, el castillo del Margrave, si es que éste se negaba a acatar su autoridad, ¿para qué necesitaba más armas?

Con sólo hacer una demostración *ante quienes correspondía* de la potencia total de sus armas, sería suficiente.

¡Nunca tendría necesidad de usarlas, en realidad, porque todos, villanos, señores y hasta ejércitos, se arrodillarían ante él, con sólo ver sus máquinas de matar!

El pensamiento le devolvió su alegría y le confirmó en su decisión ya tomada: la nave tendría que ser destruida.

¿Pero cómo? El fuego ya se había demostrado inútil… Claro que podía disparar sobre ella sus pistolas…

Cuando estaba decidido a hacerlo, le asaltó un temor: ¿y si había en la nave algo, materia o espíritu, capaz de reaccionar con el fuego de sus armas y provocar una exposición que acabara con Kalesburg y, por supuesto, con él mismo?

No podía saber si esto ocurriría realmente pero, por encima de todo, no quería hacer la prueba.

Cuando comenzaba a impacientarse, le vino a la mente la simple solución: el lago de Kalesburg.

A no más de cien metros de donde estaba posada la nave, comenzaba el gran lago, cuyas orillas más lejanas llegaban hasta

Grünewald. Nadie sabía cuán profundo era y en él moraban serpientes y monstruos, que aterraban a los pobladores ribereños.

No sería fácil arrastrar la nave hasta el agua, pero tampoco era una tarea imposible.

Habría que talar una decena de árboles y conseguir la fuerza necesaria para mover esa mole.

Pero esto no era realmente problema para Hans, que contaba con todos los bueyes y todos los pobladores de Kalesburg para obedecer sus órdenes...

Siempre riendo, salió de la nave y marchó a la ciudad, para poner en marcha de inmediato el operativo.

* * *

Desde la ventana de su cuarto, Brigit vio marchar hacia el bosque a todos los hombres útiles de la población. Algunos de ellos llevaban a sus bueyes.

La muchacha sabía que se movilizaban en cumplimiento de las órdenes dadas por Hans, el nuevo amo de la ciudad, a quien hasta su propio padre, el Burgomaestre, tenía que obedecer.

Pero con ser todo esto tan grave, no era lo que más la preocupaba.

Lo que hacía correr lágrimas por sus mejillas y a sus manos crispadas estrujar una imagen de la Virgen, era el temor —el terror— por lo que pudiera estar acaeciéndole al hombre que la había despertado al amor y a quien ella pertenecería hasta el fin de sus días.

Ella había rogado hasta la extenuación a Kalon que le permitiera huir con él, pero el muchacho, apoyado totalmente por Mauritius, se había negado en redondo a tal pretensión.

«Es demasiado peligroso —le había dicho, agregando—: Pero puedes estar bien tranquila porque, más pronto o más tarde, volveré por ti.»

Y, como para rubricar sus palabras, la había estrechado entre sus brazos, mientras el santo monje hacía la señal de la cruz sobre ellos.

Sí, Brigit estaba segura que Kalon volvería, pero ¿y si Hans, como su padre le había sugerido minutos antes, decidía desposarla de inmediato, antes que su amor volviera?

Tras todo un día y toda una noche de fatigosa e ininterrumpida marcha, Mauritius y Kalon, derrengados y hambrientos, llegaron a su destino: un convento de la Orden Dominica, donde estarían a salvo de las persecuciones de Hans y los suyos.

—Entra, hermano —le dijo Mauritius, ante la abierta puerta—, aquí encontrarás paz.

—No puede haber paz para mí —respondió Kalon, con voz ronca— hasta que mis compañeros no estén vengados…

Oprimiéndole el brazo con su mano, como para tranquilizarle, el fraile le dijo:

—No es venganza, sino justicia lo que hay que buscar… Y tú —agregó con una sonrisa—, también tendrás que ir algún día en busca del amor…

CAPITULO X

Una semana después de haber asesinado a los cuatro extraterrestres y haberse apoderado de sus armas, los sueños de Hans se estaban convirtiendo en realidad.

Primero Kalesburg y después Grünewald, habían reconocido al alquimista como su único señor. Y sus nuevos vasallos se hacían lenguas contando las maravillas de que él era capaz.

Como suele ocurrir, la versión de los hechos —la falsa versión que el mismo Hans había hecho circular— se fue deformando y, finalmente, la mayoría creía de buena fe que un grupo de ángeles o de demonios, según las preferencias o temores de cada uno, había descendido o ascendido a la Tierra, para ungir a Hans de poderes que lo ponían por encima de los simples mortales.

Naturalmente, la historia no tardó en llegar hasta la capital y hasta el mismo castillo del Margrave.

—¿Quién es ese impostor? —preguntó el señor a su capitán de armas.

—Hans, de Kalesburg, el hijo de Worms, el alquimista —respondió éste, que no estaba tan convencido de que fuera un impostor.

—Conozco bien a Worms —tronó el Margrave—. Es un loco idealista que pasa sus noches en busca de oro, pero no es capaz de discutir mis derechos. Y tampoco lo será su hijo...

—Se dice, señor —aventuró el soldado—, que ese

Hans posee armas fabricadas por Satán, capaces de hacer desaparecer a un hombre en el aire...

—¡Bah, tonterías! —se impacientó su señor—. ¡Habladurías de villanos! De todos modos —agregó, tras una pausa—, recorre las defensas del castillo y asegúrate de que los aceros estén bien templados...

—Descuide, señor —se pavoneó el otro—, *mi* acero fue templado en Toledo. No temo a ningún arma, ¡así haya salido de las propias forjas del Averno!

Al segundo día después de haber tenido lugar esta tonificante conversación, Rodius Tubinga, vestido con sus mejores galas, montando un corcel blanco y flanqueado por Keller y Lothar, que portaban sendas banderas blancas, se presentó ante el puente

levadizo del castillo, solicitando ser recibido por el Margrave en persona.

El aludido envió a uno de sus cortesanos de inferior rango, para atender al molesto visitante. El diálogo entre los dos fue muy breve.

—Decidme qué queréis y os lo transmitiré a nuestro señor...

—Lo que vengo a decir debo decírselo a él personalmente.

—No puede recibiros.

—Decidle que le doy el tiempo que pueda tardar en llegar hasta donde yo estoy de plazo o...

—¿Es que osáis amenazar al Margrave?

—...o mi señor hará desaparecer este castillo con todos los que están adentro.

—¿Y quién es tu tan poderoso... señor?

—Hans, el Amo del Mundo.

Entre risas, el cortesano relató al Margrave el corto diálogo. El título que, según Tubinga, se había arrogado Hans —en realidad, Tubinga lo inventó sobre la marcha, para impresionar al otro—, hizo revolcar por el suelo de la risa a los más jóvenes cortesanos y generó discretas, aunque intensas, risas de las damas presentes.

Finalmente, y para dar por terminado el incidente, el Margrave ordenó:

—¡Echad un caldero de agua no demasiado caliente a ese imbécil de Tubinga y a los dos bufones que le acompañan!

La orden fue cumplida al pie de la letra.

Tubinga y los otros dos se retiraron del castillo mojados en sus ropas, sus cuerpos y sus dignidades, entre las carcajadas de la soldadesca y de las mujeres del arroyo.

Por primera vez, el ex Burgomaestre deseó que Hans diera un castigo ejemplar a los que así se habían burlado de él.

Y Hans no le defraudó.

Seguido por una especie de corte de los milagros, entre los que destacaba Elber, el tonto, ejecutando pasos de danza y tocando desafinadamente una flauta, llegó, a las pocas horas de la ignominiosa retirada de sus parlamentarios, ante los muros del castillo.

—¡Oye, señor de este castillo! —gritó con voz estentórea a los muros y a los guardias que le contemplaban indiferentes—. ¡Ven de inmediato a arrodillarte ante mí o haré desaparecer hasta la última

piedra de estos muros!

Pronto se hizo evidente que les estaban esperando, porque veinte calderos, con agua más caliente que la que mojara a Tubinga, se volcaron sobre ellos.

En las almenas bajas, apareció el capitán de armas, acompañado por dos ballesteros.

—¡Tenéis el tiempo justo para huir corriendo de mi vista! —bramó a las mojadas huestes de Hans—. ¡Porque, si no lo hacéis, pedreros y ballestas hablarán por mí!

Pero esta vez, Hans fue más rápido que los pedreros y las ballestas.

Con el odio reflejado en sus pupilas, extrajo una de las pistolas de un amplio bolsillo de su capa y apuntó al capitán de armas, que aún conservaba la burla en su cara.

Cuando apretó el gatillo, una larga y delgada sierpe de color azul verdoso salió disparada hacia el blanco.

Y el capitán de armas, los dos ballesteros, las alme- nas y buena parte de la muralla, más todo un torreón *desaparecieron,* ante la atónita mirada de soldados, mujeres del arroyo y de las mismas huestes de Hans.

El terror paralizante sólo duró unos segundos, después acaeció el pánico.

Los soldados de guardia en el puente fueron los primeros en arrojar a las heladas aguas del foso sus armas y abalanzarse a la carrera hacia donde estaba Hans, postergándose a sus pies.

Después fueron las mujeres, los villanos y el resto de la soldadesca.

Por fin, y este instante redimió con creces a Hans y a los suyos del agua de minutos antes y de las humillaciones de toda una vida de siervos sin esperanza, en lento y falsamente digno cortejo, apareció bajo el rastrillo el Margrave, seguido por sus cortesanos y sus damas.

—Sed bien venido a mi casa, Hans, hijo de Worms... —comentó, con voz temblorosa, el señor feudal.

Pero el aludido no le dejó seguir.

—¡Esta ya no es tu casa, sino la mía! —bramó, ante el asombro y el terror de los otros.

—¿Qué dices? —se asombró el Margrave—. ¿Es que te has vuelto

loco...?

Entonces Hans simplemente volvió a sacar la pistola y apuntó con ella directamente al señor y a sus cortesanos.

La huida de éstos fue notable por lo rápida y desordenada. Dos de ellos resbalaron y cayeron al foso, rompiendo con el peso de sus cuerpos la capa de hielo que cubría las aguas.

Las damas también hicieron gala de ligereza en sus piernas, ya que no en sus costumbres.

Sólo el Margrave permaneció en su puesto.

Pero de su cara había desaparecido la soberbia. Ya no era la cara de un señor feudal, sino la del último y más asustado de sus vasallos.

Y se rindió a su triunfante enemigo.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó, con voz sorda.

—Que te vayas —fue la inmediata respuesta—. Tú y toda esa inmunda ralea que te acompaña —señaló a los espantados cortesanos—. Y también tus soldados y tus servidores —concluyó.

—Dame tiempo para arreglar mis asuntos —pidió el otro—. Hay muchas cosas... luego están los coches y las ropas y el lugar al que marcharemos... Dame tres días...

—Te doy tres minutos.

—¿Qué dices?

Por toda respuesta, Hans alzó hacia él la pistola, que todavía conservaba en su mano.

Lentamente, intentando salvar jirones de dignidad que le permitieran sobrevivir, el antes orgulloso Mar- grave pasó junto a Hans y siguió su marcha sin destino, seguido por sus aterrados cortesanos, sus soldados y sus sirvientes.

También lentamente, Hans entró en el castillo, seguido por su heterogénea y bulliciosa corte de los milagros.

* * *

Las cosas marcharon bien en un principio para los nuevos señores. Rodius Tubinga fue designado Burgomaestre de la capital, pasando a residir con Brigit en el castillo, por especial deseo de Hans.

Lantecor pasó a ser deán de la catedral y Ascanius, médico de los nobles y de los más ricos burgueses.

Lothar y Keller comandaron las recién reclutadas tropas.

Cuando el nuevo gobierno del país estuvo estructurado, comenzaron las exacciones.

Bajo la dirección de Worms, especie de Tesorero del nuevo Margrave, decenas de recaudadores de tributos se abatieron sobre las ciudades, los pueblos, las granjas y hasta las más míseras cabañas del dominio.

Los sueños de poder de Hans eran cada vez mayores y más amplios. Lo de Amo del Mundo, que Tubinga se inventara y que en un principio había sido motivo de risas entre los complotados, era ya una aspiración para él.

Aspiración algo lejana, todavía, pero en absoluto imposible de lograr.

De momento, se decía constantemente, Europa.

La fama de sus armas todopoderosas se extendía cada vez más lejos de sus tierras. Eran muchos, y en número siempre creciente, los pequeños señores lugareños que venían espontáneamente a rendirle vasallaje y a predisponer su ánimo con ricos presentes.

Hans era ya muy rico. Pero esta fortuna sólo servía para avivar su ambición, para hacerle desear ser más y más rico.

Por esto y porque sabía que para toda conquista no bastan las armas, aun las más poderosas, sino que hace falta el oro, aumentaba casi día a día el monto de los tributos.

Por otra parte, la indudable inteligencia de Hans le prevenía sobre el inevitable final de sus «serpientes de la muerte».

El sabía muy bien que sus armas no habían sido fabricadas por ángeles ni por demonios, sino por seres que estaban tan a merced de la muerte como él mismo.

Y si ellos eran perecederos, deducía, también lo serían sus armas.

Con horror pensaba que un día —tal vez no lejano— su dedo oprimiría el gatillo de la última de sus pistolas y ninguna serpiente verdiazul saldría de ella.

Y entonces todo su poder se desmoronaría como un castillo de arena batido por la furia de las olas…

Por eso prefería utilizar el oro a las armas en sus conquistas. Bastaba con que sus presentes o futuros enemigos supieran que él tenía las armas todopoderosas.

Sabía que su verdadero poder estaba en *tener* esas armas, no en

usarlas.

Por fin, alrededor de un mes después de su entrada triunfal en el castillo, el celo de su padre le proveyó de una cantidad de oro que él estimó suficiente para iniciar su marcha hacia la conquista de Europa.

Pero antes de partir para Roma —su primer objetivo—, tomó una decisión.

Inmediatamente convocado a su presencia, Tubinga fue el primero en enterarse de ella.

—Como sabes —le dijo Hans—, dentro de pocas semanas partiré hacia Roma, para iniciar allí la conquista del mundo...

—Lo sé muy bien, mi señor —respondió el otro haciendo una gran inclinación, ya que la obsecuencia formaba parte de su forma de ser.

—Pues bien —siguió Hans—, he decidido casarme antes de partir...

Tubinga pareció ganar en altura y anchura, mientras sonreía servilmente.

— ¿Y quién será la mujer más afortunada de la tierra? —se relamió.

—¡Tu hija, idiota! —estalló Hans, aún no del todo acostumbrado a las sutilezas cortesanas.

De inmediato, la boda quedó fijada para diez días más adelante.

* * *

A las pocas horas, Kalon fue informado del hecho.

Durante el tiempo de obligada reclusión en el hospitalario monasterio, el muchacho, ayudado por Mauritius y otros frailes, había establecido una magnífica red de informadores, que le permitía saber, con pocas horas de diferencia, lo que se tramaba en el castillo.

Muchas veces él había querido salir a enfrentarse con el asesino de sus compañeros y con sus cómplices, pero los frailes se lo habían impedido

Sus argumentos eran decisivos: ¿cómo iba a poder Kalon, sin armas y sin hombres, enfrentarse a Hans con mínimas probabilidades de éxito?

«Salir ahora —le había dicho Mauritius más de una vez— no será ir a luchar, sino a suicidarte.»

Por lo que el joven calmaba a regañadientes sus impaciencias, leyendo la Biblia y escuchando a Mauritius disertar sobre la historia, la teología y hasta la metafísica del cristianismo.

En retribución, él intentaba calmar la insaciable curiosidad de los monjes con respecto a Buru, a la vida extraterrestre y a los maravillosos ingenios que la civilización interplanetaria había logrado fabricar.

Cuando, pese a todo, la impaciencia de Kalon se desbordaba, Mauritius afinaba su inteligencia para calmarle.

—Esperemos a los errores de Hans —solía decirle.

—Pero ¿cuánto tendremos que esperar para que cometa esos errores? —se resistía el otro.

—Poco... muy poco. Dios ciega a los que quiere perder, no lo olvides... Hans cometerá, no sólo errores, sino terribles injusticias. Y el pueblo rogará por la llegada de un jefe que le permita acabar con el tirano. Ese jefe serás tú, Kalon...

—¡Que sea pronto! —concluía éste.

Y, en realidad, *fue* pronto. No fueron sólo los demenciales impuestos, también los excesos de todo tipo que cometían los corifeos de Hans, los que prepararon el terreno para la acción de Kalon.

Tubinga tenía su propio equipo de recaudadores de impuestos, equipo que actuaba con no menor eficacia que los hombres de Worms.

En la catedral, las exacciones de Lantecor a fieles y clérigos se hicieron proverbiales.

En cuanto a Ascanius, aumentó grandemente el número de muertes entre nobles y burgueses, pero nadie se atrevió a cambiar de médico.

Aunque tal vez los peores de todos fueran Lothar y Keller. Obsesionados por la fornicación y la lujuria, entendían que todas las doncellas del país les pertenecían por derecho propio.

Las tomaban y las dejaban a su capricho y si padres o esposos o hermanos intentaban defender a sus mujeres, ellos mismos, o sus hombres de confianza, se encargaban de castigar con la muerte a los osados.

Muy pronto —muy pronto, aún para las impaciencias de Kalon—, desde los más ricos nobles, hasta los más miserables siervos de la gleba, odiaron a Hans y a sus secuaces.

Les odiaron lo suficiente como para estar dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de librarse de ellos.

Fue en ese punto cuando un sudoroso mensajero llegó al convento con la noticia de la inminente boda del tirano con Brigit.

Kalon, con ceño adusto y en completo silencio, escuchó las nuevas. Cuando el mensajero calló, dijo simplemente:

—Mauritius, ha llegado el momento.

Y ni el aludido, ni el resto de los monjes, que formaban corro alrededor del mensajero y de Kalon, se atrevieron a contradecirle.

CAPITULO XI

Comenzaron por visitar las granjas más próximas al monasterio.

El extranjero inspiraba recelos a los campesinos porque era extranjero y porque Hans y sus esbirros se habían cuidado de esparcir por la comarca la especie de que un enviado de Satán estaba oculto, listo para matar el ganado y hacer parir monstruos a las mujeres preñadas.

Pero la presencia y las palabras del respetado Mauritius eran definitivas para desvanecer temores y recelos.

—No es un enviado de Satán —aseguraba—, es un instrumento del Señor para que la justicia y el amor reinen en esta tierra. Haced lo que os pida.

Y lo que Kalon les pedía era que se unieran a él, llevando todo lo que pudiera servir como arma de ataque o de defensa.

Cuando aún faltaban ocho días para el día de la boda, Kalon contaba con un variopinto ejército de unos cien hombres, armados con picas, hoces y algunas albardas y espadas.

Acampaban en el bosque, cerca de Grünewald y del lago, cuando una delegación de burgueses de la ciudad les sorprendió con su llegada.

—Venimos a ponemos a tus órdenes, extranjero —dijo su portavoz, inclinándose ante Kalon, a quien acompañaba, como siempre, Mauritius.

— Gracias, amigos —contestó el joven—. Vuestra presencia es bien venida. ¿Cuántos sois?

—Aquí somos quince, pero en Grünewald toda la población.

—¿Cuántos soldados hay en la ciudad?

—Unos cincuenta, bien armados y que velan día y noche.

—¿Y decís que todo el pueblo nos apoyaría?

—Os diría que como un solo hombre, si no fuera porque también las mujeres y los niños ansían combatir contra el tirano.

—En ese caso... —Kalon dudó sólo un instante—. ¡Esta noche atacaremos Grünewald! Vosotros, volved sin ser vistos a la ciudad y ultimad los detalles de la sublevación...

—¡Gracias, extranjero! —se despidió el portavoz, agregando—: No te arrepentirás de confiar en nosotros.

Hacia la medianoche, bajo un cielo oscuro y sin luna, Mauritius

dio su bendición y la heterogénea tropa se puso en marcha.

Kalon la encabezaba, ceñido a su cintura un gran espadón.

Era una vieja arma que nadie sabía quién había llevado alguna vez al monasterio. Durante su inacabable confinamiento, el muchacho había muchas veces gastado sus energías e impaciencias empuñándola.

El hacerlo le proporcionó una satisfacción adicional: la de descubrir una potencia física, que siempre había ignorado poseer.

En el supercivilizado planeta Buru sólo en los gimnasios se podían descubrir esas habilidades. Y Kalon era, por encima de todo, un intelectual.

Pero ahora su visceral necesidad de vengar el asesinato de sus compañeros, de reparar tanta injusticia y, lo último, pero no lo menos importante, de salvar a Brigit de las lujuriosas garras de Hans, hacían que el intelectual dejara paso al guerrero.

Grünewald no tenía murallas, pero sí una alta empalizada de madera. Tras ella, la ciudad parecía dormir profundamente en el silencio y la oscuridad. Sólo las sombras inciertas de los soldados que montaban guardia ponían una nota de movimiento en la estática escena.

Ocultos tras los últimos árboles, a unos cincuenta metros de la empalizada, Kalon y sus hombres estaban listos para el asalto.

Pero todo debía hacerse como estaba planeado.

Owen, el herrero, lanzó a la noche tres potentes gritos, imitando el sonido del búho.

Como si de levantarse un telón se hubiera tratado, la escena se animó como por arte de magia.

En veinte partes a la vez surgieron antorchas y gritos y carreras se multiplicaron por doquier.

—¡Al ataque! —gritó Kalon y cien pares de piernas se lanzaron a la carrera hacia la empalizada y la ciudad.

Las puertas estaban cerradas, pero no fueron muro suficiente para contener los ímpetus de la horda.

Con el peso de cien cuerpos, las puertas de madera cayeron destrozadas. Y todos irrumpieron en tropel en el recinto.

De inmediato pudo comprobar Kalon que los burgueses no le habían mentido.

Con denuedo sólo comparable a los sufrimientos de que habían

sido víctimas, peleaban los hombres cuerpo a cuerpo contra los guardias, mientras sus mujeres y sus hijos echaban desde lo alto de las casas calderos de agua y aceite hirviendo a los sicarios del tirano.

Una docena de éstos, advertida de la invasión, plantó cara a Kalon y a los suyos.

El espadón del extranjero tuvo su bautismo de fuego. Dos guardias cayeron por sus golpes, para no volver a levantarse.

Los otros ocho sucumbieron a las picas y a las hoces de los otros.

En una veintena de minutos, la resistencia cesó por completo.

Los cadáveres de cuatro hombres de Kalon, siete pobladores de Grünewald y cuarenta y seis soldados de Hans quedaron en las calles, para dar testimonio de lo furioso de la lucha.

Pero cinco o seis soldados habían logrado huir, aprovechando la confusión, y ellos se encargarían de poner sobre aviso a Hans y a sus pretores.

Kalon comprendió que era imprescindible obrar de inmediato, y llamó a consejo a Mauritius, a Owen y a varios de los burgueses de la ciudad.

—Tenemos que atacar Kalesbury de inmediato —declaró, agregando—: Para después ir al castillo.

Un silencio tenso siguió a sus palabras. Fue Mauritius quien lo rompió, haciéndose eco de los temores de los otros.

—Kalesburg está mejor defendida que Grünewald y, de todos modos, la distancia no es pequeña. No podríamos llegar antes del día…

—Eso si vamos andando —interrumpió Kalon.

—¿Qué quieres decir? —se asombró Mauritius.

—Que atravesaremos el lago —explicó el otro—. Así llegaremos muy pronto y les atacaremos por su retaguardia.

—Pero transportar un ejército…

—Las barcas de los pescadores y de los mercaderes. Todas las barcas.

Una hora más tarde, una veintena de barcas de todos los tipos y todos los tamaños, algunas impulsadas por una vela y las más por largos remos, surcaban las heladas aguas del lago.

En las que encabezaban la marcha, un hombre a proa, armado con una larga pértiga rompía la delgada capa de hielo, que en muchas partes dificultaba la navegación.

Engrosado con los voluntarios de Grünewald, el ejército de Hans había duplicado su número. Ahora eran unos doscientos los que le seguían, armados muchos de ellos con las espadas y las albardas y las hachas ganadas a los guardias muertos.

Algo más de una hora tardaron las barcas en arribar a la otra orilla, pero ningún vigía de Kalesburg descubrió su presencia.

No hubiera sido fácil, aun viéndolo, imaginar que esa masa más oscura y creciente, dentro de la completa oscuridad de la noche, era una flota de invasión.

Los doscientos hombres pusieron pie a tierra y ascendieron el ancho camino que de los muelles llevaba a la población, sin que les descubriera ser vivo alguno.

Su objetivo era la Casa Consistorial —donde estaba la estancia en la que Kalon viviera su amor—, ya que en ella se encontraban acantonados los soldados de Hans, de guarnición en el burgo, según les informaran hombres de Grünewald.

Había dos centinelas ante la gran puerta, y les descubrieron y dieron la alarma, no bien aparecer la tropa por las calles que convergían en la plaza, pero ya era demasiado tarde para evitar una sorpresa.

A la carrera, gritando y blandiendo sus armas, con Kalon al frente, la tropa se abalanzó sobre las puertas, arrollando a los centinelas a su paso.

Varios guardias se les opusieron en el gran salón central, pero fueron atravesados por las picas y las espadas.

Conociendo como conocía la distribución del edificio, Kalon distribuyó a sus hombres de manera que no quedara posible escondite sin rastrear.

Él se reservó la gran bodega, a la que descendió de inmediato, seguido por una decena de sus hombres.

Allí pronto pudo comprobar que su intuición no le había engañado.

Porque en ella se había ocultado Lothar, a la sazón al mando de las tropas del lugar, y sus cuatro lugartenientes, bien protegidos por diez de sus mejores soldados.

La desventaja del número se vio compensada por el factor sorpresa y el valor y decisión de que hicieron derroche Kalon y sus hombres.

Cuando descubrieron a sus enemigos —sin ser descubiertos por éstos—, uno de los lugartenientes, ayudado por dos soldados, intentaba abrir una pesada puerta de hierro, que después se supo conducía a una salida secreta.

Fue la atención que todos ponían en lograr tan importante objetivo, lo que permitió a los atacantes caer sobre ellos sin haber sido vistos.

En el primer choque, cayeron seis soldados y dos lugartenientes, casi todos pasados a cuchillo.

Fue entonces cuando, por primera vez, las miradas de Lothar y de Kalon se cruzaron.

El extranjero no conocía al otro, aunque mucho había oído de sus crímenes. Pero el brillo cobarde *y* asesino de los ojos de Lothar le hizo adivinar que tenía ante sí a uno de los asesinos de sus compañeros.

Y cargó contra él, su espadón en alto, dispuesto a matar.

Lothar era más fuerte, mucho más fuerte, que Kalon.

Y también tenía una gran espada en su mano.

Pero el peso de sus crímenes, el saber que quien le enfrentaba era el *sobreviviente,* el que seguramente tendría poderes del Cielo o del Infierno, esclerosaba su mano.

Lanzó un mandoble, pero Kalon pudo pararlo sin esfuerzo.

Después intentó echarse sobre su contrincante, pero el espacio era pequeño y no permitía grandes movimientos. Nuevamente, Kalon detuvo el ataque.

Y ahora le tocó a él el tumo de atacar. Y ío hizo empleando toda su fuerza y todo su afán de reparación y de justicia.

El grueso acero penetró la carne blanda y Lothar expiró con un largo gemido.

Cuando retiraba la hoja ensangrentada del cuerpo aún palpitante, Kalon descubrió que ya no quedaban enemigos vivos en la bodega.

Sus hombres también habían hecho un buen trabajo.

Tampoco quedaban enemigos en todo el edificio.

Owen le pidió consejo sobre una decena de soldados que se habían rendido y Kalon decidió que se les mantuviera apresados, pero que se respetaran sus vidas.

Lo que sorprendió al herrero, ya que ésas no eran las costumbres

del país y de los tiempos.

No con la precisión e intensidad de Grünewald, pero también en Kalesburg el pueblo se había enfrentado a sus verdugos.

Tras la derrota del grueso de las tropas, acantonadas en el Consistorio, fácil fue a los hombres de Kalon y a los vecinos acabar con los que quedaban.

Dos horas después de haber desembarcado, no quedaba en la ciudad ni un esbirro de Hans en condiciones de combatir.

Por segunda vez en esa agitada noche, Kalon se reunió con sus más íntimos seguidores.

—Tenemos que atacar el castillo de inmediato —anunció, sin que esta vez sorprendiera a su auditorio.

—Pero ahora no hay un lago que nos ayude a acortar el camino —sonrió Mauritius.

Kalon tenía preparada la respuesta.

—Requisaremos todos los carromatos y caballos de la población. Así llegaremos más pronto.

Y, una vez más, lo consiguieron.

Montados sobre los caballos de los burgueses o arracimados sobre las carretas de los mercaderes, el ejército de Kalon llegó con las luces de la mañana a las proximidades del castillo.

Una veintena de soldados intentaron detenerles, media legua antes de su destino, pero sólo consiguieron encontrar una muy rápida muerte.

Por fin, el castillo que había sido del Margrave, se mostró con toda su imponente magnificencia ante los ojos de los que iban a asaltarle.

Al contemplarle, un nudo de temor y ansiedad estrujó el corazón de Kalon.

Allí, tras esos muros que él temía impenetrables para su mal armado ejército, estaba Brigit.

En manos de un demente asesino que no vacilaría en ultrajarla o matarla, si creía que así podría servir a sus siniestros fines, así como antes no vacilara en entregar su virginidad a desconocidos, con tal de sacar provecho de ello.

Pero el tiempo no era de reflexiones, sino de acción.

—Tenemos que atacar de inmediato, pero no será tarea fácil escalar esos muros —comentó a sus compañeros de armas.

Se encontraban protegidos por un bosquecillo, dentro de los terrenos del castillo, y a unos doscientos metros de sus muros.

—Nos hemos provisto de suficientes cuerdas y garfios —respondió animadamente Owen—. Escalaremos esos muros.

En el ánimo de todos estaban bien presentes las ya legendarias armas mágicas que Hans poseía, aunque nadie las mencionara.

Ninguno de los presentes —Kalon incluido— podía ignorar que esas armas eran más que suficientes para acabar con todos ellos.

Pero tenían que atacar el castillo, tenían que acabar con el tirano que estaba acabando con sus vidas y sus haciendas y venían de triunfar en Grünewald y en Kalesburg. Su conciencia del deber y su entusiasmo, superaban a su miedo. Y por eso callaban.

Considerando que nada solucionaría con ello, también Kalon decidió no mencionar a las mortíferas pistolas de rayos láser que Hans tenía.

—Atacaremos por todas partes a la vez —dijo—, así lograremos desconcertarles. Somos más que ellos, por lo que no temo a la dispersión de fuerzas. Lo importante es entrar en el castillo, una vez adentro nadie podrá detenernos.

No estaba diciendo toda la verdad y lo sabía, así como lo sabían sus atentos oyentes.

Las pistolas de rayos láser podrían detenerles dentro o fuera del castillo.

Pero la cosa no tenía remedio. Según en su momento le informaran, la nave yacía en el fondo del lago, con sus armas y sus ingenios. Y las únicas armas que no estaban en ella las tenía Hans.

Estos eran los hechos y a ellos había que enfrentarse.

Si Brigit no estuviera en su poder...

Pero estaba. Dentro del castillo y obligada a entregarse de por vida al monstruo.

—No perdamos más tiempo. Iniciemos el ataque ya mismo —dijo Kalon con voz neutra, mientras iniciaba la marcha hacia donde sus tropas le aguardaban.

* * *

Animados por Kalon, los doscientos hombres se lanzaron a la carrera hacia las murallas, llevando grandes rollos de cuerda con

garfios en sus extremos, muchos de ellos.

Desde lo alto, soldados armados con ballestas les contemplaban, sin entrar en acción.

Esta inactividad preocupaba al extranjero, que temía lo peor.

Y sus temores muy pronto tuvieron la más terrible de las confirmaciones.

Sorpresivamente se bajó el puente levadizo y se abrió la gran puerta principal. Por ello apareció Hans, con una pistola de rayos láser en cada mano.

Los atacantes se encontraban a unos cincuenta metros del foso y, aunque vieron perfectamente al tirano, no detuvieron su avance.

Entonces él disparó muy brevemente ambas armas.

Las dos serpientes de la muerte cumplieron su tarea a la perfección. No menos de setenta hombres —todos los que estaban en ese sector— *desaparecieron* en mucho menos tiempo del que se tarda en abrir y cerrar los ojos.

Entre ellos estaba el valiente Owen y la mayoría de los burgueses de Grünewald.

Kalon salvó milagrosamente su vida porque, a último momento, fue requerido por los que atacarían por el flanco derecho, ya que sólo eran veinte los asignados a dicho sector.

Desde donde se hallaba, el joven fue testigo de la hecatombe, ordenando de inmediato la retirada general.

Los ballesteros se cebaron en ellos, ocasionando una veintena más de víctimas entre los hombres de Kalon.

Con la cabeza entre sus manos estaba éste pocos minutos más tarde, en compañía de Mauritius, y tras la protección del bosquecillo en el que antes trazara su plan de ataque.

—Nunca lo conseguiremos —repetía—. Yo sabía que esto iba a ocurrir y, sin embargo, mandé a todos esos valientes a la muerte…

—No has hecho más que cumplir con tu deber. Era y sigue siendo tu obligación intentar todos los medios que puedan conducir al fin de ese asesino…

—A quien no tenemos medio de vencer… Nadie puede enfrentarse a esas pistolas de rayos láser y vencerlas…

—Te equivocas —murmuró suavemente Mauritius y Kalon, sorprendido, alzó su mirada hacia él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Lo que he dicho. Que te equivocas al creer que nadie puede vencer a esas terribles armas…

—¿Quién puede hacerlo?

—Dios puede.

Kalon volvió a hundir la cabeza entre los brazos.

—Es posible —concedió—. Pero tu Dios no va a venir a luchar con nosotros…

El fraile sonrió.

—No estés tan seguro —dijo—. No sería la primera vez que lo hace.

Antes que Kalon pudiera responder, caso de que quisiera hacerlo, dos hombres llegaron ante ellos arrastrando a un muchacho, casi un niño, que intentaba liberarse de sus brazos.

—Le encontramos merodeando por el bosque —dijo uno de los hombres—. Seguramente es un espía, ya que viste ropas de sirviente del castillo. Y se niega a hablar.

—¡No es cierto! —gritó el chico—. ¡Lo que he dicho es que sólo hablaré con el extranjero!

—Soltadle —dijo Kalon y, dirigiéndose al chico—: Yo soy el extranjero. Habla sin miedo.

Sólo cuando Mauritius y los soldados se hubieron retirado se atrevió a hablar el muchacho.

—Me envía Brigit, la hija del Burgomaestre —comenzó, y Kalon se sintió reconfortado, porque eso era lo que imaginara desde la aparición del chico.

—Sigue hablando —le urgió.

Ahora el emisario había recuperado su confianza y habló sin vacilaciones.

—Mi ama quiere que yo le guíe al interior del castillo…

—¿Pero es que hay un medio de entrar en el castillo sin ser visto?

—¡Claro que sí! El camino que yo he seguido ahora mismo para salir de él.

—¿Y cómo ha sabido Brigit de su existencia?

—Porque yo se lo he dicho. Nací en el castillo y he utilizado ese pasadizo desde que era niño…

—¿ Quién más conoce su existencia?

—¡Todos los criados del Margrave, que lo han utilizado siempre

para sus escapadas nocturnas!

—Entonces también lo conocerán Hans y sus hombres...

—¡No! Ninguno de nosotros ha dicho nada a esos tiranos impostores...

Kalon, sonriendo, palmeó la cabeza del muchacho.

—De acuerdo, no digas más. ¿Cuántos podremos entrar?

La cara del muchacho se ensombreció.

—Me temo que usted solo —murmuró—. Más podría ser demasiado peligroso.

Kalon no estaba en condiciones de regatear.

—Será lo que tú digas —contestó—. ¿Podemos entrar ahora mismo?

—Cuando usted quiera.

—Entonces espérame un instante y nos pondremos en camino.

A uno de los hombres cambió su pesado espadón por un ligero y afilado cuchillo de monte.

Después fue adonde Mauritius estaba orando.

—Tenías razón —sonrió.

El otro levantó la cabeza, sorprendido.

—Tu Dios —explicó Kalon— se ha decidido a intervenir en la lucha a nuestro favor.

—Mi Dios también es el tuyo —respondió el fraile, muy contento, tras asimilar lo oído.

Pero el extranjero no alcanzó a escucharle, porque ya se alejaba hacia la entrada secreta, en compañía del muchacho.

Antes de abandonar el bosquecillo dio unas rápidas instrucciones a un grupo de sus hombres, los que le aseguraron que sus órdenes serían cumplidas al pie de la letra.

Tras recorrer, guiado por el muchacho, unos centenares de metros entre árboles de gran corpulencia, llegaron a un estanque, cuyas aguas estaban heladas. En uno de sus extremos, una pared de hielo era la versión invernal de lo que, en el estío, sería cantarina cascada.

Cuidando de no resbalar en la helada superficie, el muchacho pasó tras la pared y penetró, seguido muy de cerca por Kalon, en una amplia caverna, donde estalactitas y estalagmitas creaban maravillosas figuras de cuento de hadas, a favor de los débiles rayos de sol que llegaban a colarse desde el exterior.

Tres galerías se abrían a la caverna y el muchacho tomó sin vacilar por la del centro.

Sin malos encuentras ni incidentes, caminaron por ella más de quinientos metros, hasta que el chico señaló, sin palabras, una puerta trampa de madera, que se abría en el techo, sobre sus cabezas. Contra la pared de la caverna estaba apoyado un alto escabel, evidentemente utilizado para salir o entrar a ella.

—Será mejor que eche una ojeada —murmuró el chico, colocando el banco en su sitio.

Un minuto más tarde, el mismo Kalon emergía por la trampa hacia la inmensa cocina del castillo.

Su eficiente guía le ayudó a subir, entre las cómplices sonrisas de un cocinero y tres pinches.

Kalon estaba decidido a no perder ni un segundo.

—Llévame al lugar desde donde se baja el puente levadizo —pidió,

No les fue difícil llegar a él, aunque tardaron casi una hora, por los desvíos y ocultamientos a que se vieron precisados para que Kalon no fuera descubierto.

Por fin desembocaron en una amplia estancia, en la que se encontraban los engranajes y poleas necesarios para movilizar el puente, ahora nuevamente levantado.

Dos guardias dormitaban, sentados en un largo banco.

Gracias a su obnubilación, el extranjero pudo llegar hasta ellos, sin ser descubierto.

Con un solo movimiento de sus dos manos, hizo chocar las dos cabezas con la fuerza suficiente como para que sus dueños pasaran, sin advertirlo, a un sueño más profundo y prolongado.

Después, inclinándose peligrosamente sobre una precaria barandilla de madera, a más de diez metros del suelo, cortó, tras varios intentos, la gruesa cuerda que sostenía el puente, el cual cayó con terrible estruendo.

Una infernal gritería se elevó desde la sala de guardias, en tanto algo como una creciente marea de gritos y entrechocar de aceros llegaba desde el exterior.

Kalon sonrió, como lo había ordenado, sus hombres se lanzaban al asalto del castillo, atravesando el puente que acababa de caer.

Ahora había llegado la parte más difícil. La que a él le

correspondía realizar.

—Guíame hasta los aposentos de Hans —ordenó al chico, con voz nerviosa.

Sin contestar, el otro se lanzó a correr, seguido por Kalon.

Al recorrer un pórtico superior, el extranjero pudo comprobar con alegría que sus hombres habían logrado forzar la puerta y ya estaban dentro del castillo, aunque de momento contenidos en el patio de armas por los defensores, mejor armados y superiores en número.

«Debo apresurarme o todo estará perdido», se dijo.

Tras varias vueltas, subidas y bajadas, el chico señaló una doble puerta de tallado roble, que daba al pórtico por el cual corrían el que, a su vez, se abría sobre el patio.

Cuando Kalon estaba decidiendo la estrategia a seguir, se abrieron las puertas y por ella apareció Hans con las pistolas en sus manos y llevando ante él a la aterrada Brigit.

La muchacha, el tirano y el extranjero se descubrieron simultáneamente.

Brigit y Kalon lanzaron ahogados gritos de sorpresa y temor, Hans prorrumpió en una demencial carcajada.

—¡Extranjero! —se burló, siempre riendo—. ¡Tú eras el único que faltaba para que la fiesta fuera completa!

Kalon no se animaba siquiera a moverse, por temor a que las pistolas acabaran con la vida de Brigit.

—Vienes a nuestra boda, ¿verdad? —siguió Hans y de pronto, cambiando el tono de su voz y amenazándole con una de sus pistolas, vociferó a Kalon—: ¡Ordena a tus imbéciles sicarios que abandonen de inmediato mi castillo!

Hizo una pausa, mientras Kalon la miraba, evaluando sus posibilidades de resistir —que eran nulas— y prosiguió, volviendo a su tono de burla:

—Tus hombres podrán sobrevivir, pero tú, no…

Kalon seguía dudando, perdiendo su expresión de burla, Hans le apuntó cuidadosamente.

—Tienes un segundo para hacer lo que te he ordenado —rugió.

Brigit no pudo resistir tanta tensión.

—¡Haz lo que te pide, Kalon! —rogó.

El extranjero se acercó al borde y alzó sus brazos. La lucha cesó

de inmediato y los guardias comenzaron a desarmar y reducir a sus atacantes.

Pero, en el pórtico, otro drama se estaba desarrollando.

—¿«Kalon»? —preguntaba Hans a Brigit—. ¿Es que conocías a este enviado del demonio?

La muchacha permaneció en silencio.

—No importa —decidió Hans, con una torva sonrisa—, le conocieras o no, igual morirá hoy mismo… tras asistir a nuestra boda. ¿Para qué retrasar más tan feliz circunstancia? —concluyó, sardónico.

Entonces ocurrió lo inesperado. Con voz nerviosa, pero firme, habló Brigit.

—No puedes desposarme, Hans —dijo— porque ya he sido desflorada por Kalon.

El alquimista quedó atónito.

—¿Qué has dicho? —intentó reaccionar y, de inmediato—: ¡Mientes! Intentas prolongar en el tormento la vida de ese miserable…

—No miento, Hans —insistió la chica—. Ascanius puede reconocerme y te dirá que llevo en mis entrañas un hijo de él…

Ahora Hans le creyó y por su rostro cruzaron mil huracanes.

—¡Maldita perra! —estalló—. Engañarme… ¡Engañarme a mí, el más poderoso de los hombres! —alzó sus pistolas, una apuntando a Kalon y la otra a Brigit—. Morirás… los dos… ¡los dos y el sucio feto que llevas adentro moriréis!

—¡No, Hans! ¡No puedes matar a mi hija!

Tubinga, seguido por Ascanius y Lantecor, acababa de aparecer por la doble puerta, agitando sus manos en dirección a Hans.

Este, sorprendido por la inesperada interrupción, se volvió maquinalmente hacia el ex Burgomaestre

Fue una fracción de segundo pero, para Kalon, fue suficiente.

Con un salto felino, se abalanzó sobre el alquimista y le clavó con mortal precisión su cuchillo en el corazón.

Hans tuvo fuerzas para oprimir uno de los gatillos y una corta serpiente de muerte salió de la pistola, pero fue a perderse al espacio, sin causar mal a nadie.

De inmediato, Kalon se apoderó de las dos pistolas y con ellas en sus manos se asomó por la barandilla, hacia el patio.

—Hans ha muerto y las armas que robara a mis compañeros, a quienes asesinó, han vuelto a mí —gritó, agregando a los sorprendidos guardias—: ¡Deponed las armas y seréis tratados con justicia!

Hubo unos instantes de vacilación, pero la vista de las pistolas era argumento más que suficiente.

Primero unos pocos y, de inmediato, todos, depusieron las armas y libraron a los hombres de Kalon, los que de pronto se convirtieron, de vencidos, en vencedores.

Sin soltar las pistolas, el extranjero se abrazó a Brigit, quien le recibió en sus brazos con lágrimas de felicidad humedeciendo sus bellas mejillas.

CAPITULO XII

No bien conocerse la muerte de Hans, el Margrave y su corte retornaron, exigiendo se les reconocieran sus derechos feudales.

Pero el pueblo había sufrido mucho en muy corto tiempo y Kalon había hablado mucho con Mauritius y otros hombres ilustrados sobre el derecho de las gentes a elegir sus propios gobernantes.

La idea de un burgo libre —o, mejor aún, de una federación de ellos— corrió como un alegre y auspicioso reguero de pólvora entre los pobladores del país.

Por eso, cuando regresó el Margrave con sus pretensiones, se le dijo que no. Que se le compensaría económicamente por sus tierras y por su castillo, pero que no se aceptaría su autoridad feudal y despótica.

El noble comenzó por indignarse y siguió por amenazar con pedir la ayuda de más altas instancias, pero uno de sus contertulios le recordó que las serpientes de la muerte aún estaban en manos de Kalon y que mejor era *partir* que *desaparecer.*

Argumento que convenció al Margrave.

Juzgados por un tribunal de letrados, Worms, Ascanius y Keller fueron ahorcados por sus crímenes.

Lantecor y Tubinga, que no habían cometido delitos de sangre, tuvieron mejor suerte. El clérigo fue confinado de por vida a un monasterio en el norte de Africa y el ex Burgomaestre, desterrado a la lejana tierra de los magiares, de donde tai vez hubiera venido aquella infortunada Gretchen, que su incuria permitió fuera quemada.

En la capilla del monasterio de los dominicos, Kalon desposó a Brigit. Naturalmente, la ceremonia fue oficiada por Mauritius.

Tras un corto período en el que el gobierno fue ejercido por una junta de notables y Kalon instruyó a los pobladores —a todos— en la manera de elegir democráticamente a sus gobernantes, se celebraron elecciones, al estilo de Buru y de la Federación Planetaria.

Kalon fue elegido jefe del gobierno por unanimidad.

Al día siguiente de su elección, sólo acompañado por Brigit y Mauritius, realizó una ceremonia ritual: arrojar al fondo del lago las dos pistolas de rayos láser.

—Pero podían ser útiles para defender nuestras libertades —se quejó Brigit.

—Cierto —concedió Kalon—. Pero era demasiado grande el riesgo de que volvieran a caer en manos de malvados. Además —agregó, sonriendo a Mauritius—, con tu Dios y mi ciencia, no necesitaremos de armas para defendernos...

Y los tres se alejaron, de regreso hacia el Consistorio de Kalesburg, que Brigit y Kalon habían elegido como residencia, despreciando el castillo del Margrave.

Bajo las aguas del lago, que ya no estaban haladas, algo así como dos serpientes verdiazules zigzaguearon hacia las profundidades.

—De todos modos —estaba diciendo Kalon en ese instante—, debo confesaros que las pistolas ya estaban descargadas ..

F I N